

Ensayos

Enero 1937



Montevideo

Ensayos

REDACTOR RESPONSABLE:

EUGENIO PETIT MUÑOZ-GAETAN 1005 (PRADO)

IMPRESIÓN:

TIPOGRAFÍA "ATLANTIDA" - ZABALA 1376

INDICE DEL NUMERO VII

	Pags.
<i>Roberto Ibáñez</i> : Gustavo Adolfo Bécquer (Conclusión)	1
<i>Luis Bonavita</i> : Talleyrand	27
<i>E. Zum Felde</i> : Sobre los métodos de Enseñanza	35
<i>Luis E. Gil Salguero</i> : Fatum poético	53

NOTAS

<i>Justino Zavala Muniz</i> : Síntesis de la situación brasilera	55
<i>J. M. Gallegos Rocaful</i> : Las razones de una actitud católica	69
<i>E. Petit Muñoz</i> : Aclaraciones ajenas en torno a Bécquer	75
<i>A. M. Grompone</i> : Regreso de la U. R. S. S. por André Gide	78
<i>A. Llambías de Azevedo</i> : Juan de Mairena por Antonio Machado	79

Signo por: L. Castellanos Balparda

TEXTO EN PUBLICACION

Fernando Betramo: La tendencia inmanentista en el pensamiento contemporáneo y otros ensayos.

Enero 1937

Ensayos

Año II - N.º 7

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

SEGUNDA PARTE: LAS RIMAS

Las *Rimas*. . . Itineraria marcha entre músicas. Jornada de un suspiro, entre la vigilia y el sueño. . .

La razón suspende, no obstante, momentáneamente nuestro viaje. Aplazamos el éxodo delicado y la voluptuosidad melancólica de renovar el sueño del poeta. Y queremos meditar, cuando nuestro espíritu, ante el milagro becqueriano, es sólo una espontánea vocación de sentir.

Unidad intrínseca.

Rafael Merchán (1) reprocha a Bécquer las "comparaciones en ringlera", la superposición indefinida de imágenes que interpretan un solo pensamiento.

Comenta y analiza, con ese motivo, las *rimas* III, IV, V, IX; cita la LIII y transcribe, particularmente, para certificar su objeción, la *Rima* II. Refiriéndose a ella, dice en la última estrofa de las que adiciona para probar que los *romances* becquerianos son susceptibles "de recibir la longitudo de la Biblia": "*Romance de goma elástica—que se estira más y más—hasta que el lector pregunta—si nunca terminará*".

(1) "Estudios críticos". Editorial América. Madrid.

En rigor, no es ése un defecto de Bécquer sino una de sus características. La unidad privativa de la poesía lírica es, sobre todo, unidad de emoción. No podemos exigirle la severa trabazón lógica de un poema dramático. La inspiración del poeta lírico se distingue por su incoercible libertad. Por eso, ratificamos y ampliamos lo que decíamos: la unidad de la poesía lírica es fundamentalmente *una unidad de emoción, de aliento y de calidad*.

El *fragmentarismo* de los romances viejos (para Menéndez Pidal, uno de sus más misteriosos encantos), prueba la elasticidad potencial de esas composiciones admirables, su unidad relativa. ¿Y alguien se atreverá a considerar como un defecto esa característica invaluable?

El caso, desde luego, es distinto; pero constituye uno de los argumentos que testifican contra la artificial unidad reclamada por los retóricos.

Añadamos que la unidad tercera, la de calidad, es la consecuencia de una sutil selección que el poeta efectúa: al *escoger*, como es natural, *limita*, consciente o inconscientemente, con su gusto o con su instinto creador, los elementos de su poesía, a fin de lograr una alcuña cualitativa equilibrada.

Merchán habla de "mecanismo poético". Semejante criterio explica — en crítico tan estimable como el cubano — el reproche que, con buena fe innegable, intenta hacer a Bécquer

En el caso particular de la *Rima II*, advertimos, por fin, que los cuatro símiles escogidos por el poeta, responden en forma curiosa a la clásica idea de los cuatro elementos, como si Bécquer quisiera representarse figuradamente en ellos con sendas estrofas: el aire (la saeta destinada a volar); la tierra (la hoja nutrida de sus jugos y caída finalmente en un surco); el agua (la ola); el fuego (la luz que brilla próxima a expirar). Hacemos esta interpretación, que a nuestro juicio naturalmente no carece de lógica, sin abogar demasiado por su consistencia crítica.

Coherencia extrínseca: poesía y verdad.

¿Es posible desentrañar un orden preestablecido, consciente, en las *Rimas*? (1)

Tratemos de fijar o definir las posiciones capitales que caben al respecto.

1. — ¿Reunió Bécquer sus poesías de acuerdo con un criterio cronológico extrínseco, es decir, atendiendo únicamente a la fecha de composición?

Este primer criterio establecería una ingenua sujeción del poeta al orden temporal de sus diversas producciones; un supersticioso respeto al calendario, explicable en el adolescente que quiere registrar la rápida y segura evolución de su espíritu creador; pero no en un hombre que trabaja con la grave conciencia de lo definitivo.

2. — ¿La disposición de las *Rimas* permite reconstruir el proceso real, la historia del hombre que las escribió? Dicho de otro modo: ¿son las *Rimas* una especie de diario incompleto, parcial biografía poética de Bécquer?

Esta interpretación realista, pretende conaturalizar el artificio de una inaceptable y rigurosa dependencia entre las *Rimas* y la vida del poeta.

El arte, en efecto, temporaliza para siempre la pasión y la angustia en un poema; pero sin el celestinaje del pre-

(1) En la Edición Renacimiento, hallamos reunidas noventa y nueve composiciones: es decir, las setenta y seis rimas de las ediciones comunes (aunque no en el orden acostumbrado) y veintidós nuevas piezas, no veintitrés, porque la composición "A Casta", inexplicablemente, figura dos veces, una de ellas sin título. Trece de estas poesías agregadas, habían sido ya recogidas por Iglesias Figueroa en sus "Páginas Desconocidas de Bécquer".

Las nuevas Rimas poco o nada agregan a la gloria del poeta, con excepción de "¿No has sentido en la noche...?", "Una mujer envenenó mi alma", "Yo me acogí como perdido nauta...", "Fingiendo realidades..." y "Es un sueño la vida...". Son curiosas, por razones distintas, la poesía "A Elisa", la de los ojos grises, para quien, según confiesa Bécquer, hizo sus versos; y la fantasía "A Quintana", visible ejecución de un novicio que ha leído con entusiasmo, aunque esto parezca difícil en nuestro poeta, al cantor de la imprenta, y a Zorrilla.

Nada podemos concretar acerca del poema "¿Dónde está Dios?", que aparece atribuido a Bécquer en las "Obras Escogidas" editadas por Maucci. El tono oratorio, el ímpetu profético, la rebeldía proletaria, la ardiente negación del dios bíblico y la afirmación revolucionaria del Trabajo, "Dios Unico", lo alejan lógicamente y estéticamente de lo que constituye el inalienable patrimonio de Bécquer.

juicio estrictamente confidencial, del *verísimo* autobiográfico, porque la poesía no es crónica vital, sino altísima transcreación estética.

No busquemos, por consiguiente, una justificación real y concreta a cada rima, sobre la base de interpretaciones en realidad más novelescas que biográficas, como la de Benjamín Jarnés. (1)

(1) Benjamín Jarnés en su libro "Doble Agonía de Bécquer" (Espasa-Calpe, 1936), da una interpretación de este tipo, arbitraria hasta lo increíble, según veremos.

Podríamos decir que, para Jarnés, las Rimas son "el drama de los ojos azules". Una mujer, Julia Espin (a cuya notoriedad han contribuido con desproporcionado entusiasmo casi todos los biógrafos de Bécquer), sería la inspiradora absoluta de las Rimas.

No olvidemos — y Jarnés no lo olvida — que Julia era rubia y ojizarca. Refiriéndose a sus hermosos ojos azules, dice nuestro crítico: "antes de tropezar con ellos el poeta se detiene a cantar a los ojos verdes". Después de cantarlos, Bécquer puede "tropezar" con los de Julia. "Comienza la tragedia" de los ojos azules (Jarnés — debo hacerlo constar — estudia previamente las rimas iniciales, las del Bécquer artista y soñador que se complace en "el amor al arte" más tarde fundido con "el amor a la mujer"). Todo lo que el poeta escribe a partir de la Rima XII está inspirado casi exclusivamente por Julia o Julieta, como la llama a veces Jarnés, el cual, con ese motivo, fragua una asombrosa novela becqueriana: el poeta ama con jubilosa plenitud; luego se aparta de su amada "en silencio". (¡El diccionario es el responsable de la ruptura!, añade agudamente nuestro crítico). El amor fracasa. Más tarde Bécquer se entera de "la infidelidad de Julieta". (¿Infidelidad? Pero ¿qué fidelidad le debía Julieta si una ruptura irrevocable los había distanciado?). Gustavo Adolfo padece horriblemente. Lloro. "La imagen de la amada se va trocando en sombra". La amada prosigue alegre su camino y como "el muerto está en pie", "la aturdida, sentencia Jarnés, no puede darse cuenta de su hazaña". (¡Aturdida, señor Don Benjamín, y le partió "por la espalda", "a sangre fría, el corazón"!.) El poeta entonces se preocupa con la idea de la muerte; investiga los orígenes del amor; descende (según Jarnés que, por lo visto no la comprendió) en la Rima LI, "al tono doméstico".

Se inicia "la vertiente melancólica". Soledad. Monotonía. Encono. Gacial indiferencia. Nuevas lágrimas. Después "el poeta cree ver a Julieta definitivamente confinada en un claustro". (¿Por qué se habrá hecho monja la infeliz?). A continuación, presiente Bécquer la muerte de Julieta. "La ha situado en una celda..." y luego no contento con ello... "quiere asistir a la muerte de su amada, a sus funerales"... ("Quiere"... Entonces, la asesina con la intención). En la rima LXXIII, prosigue nuestro crítico, Bécquer "cree, en efecto, verla morir, cree asistir a la triste ceremonia de su entierro" (Dejemos a un lado la novedosa calificación de la ceremonia fúnebre; pero advertamos que la monja es ahora una niña; que se muere y la entierran sin que Bécquer abandone su calidad de melancólico espectador). En la Rima LXXIV, Bécquer, acogido "a la piedad de los claustros", ve "cruzar... la blanca sombra (es decir, el espectro) de Julieta." Jarnés, por la dudas, vuelve, pues, a matarla.

La exégesis de las dos rimas finales, no añade notas de interés a la extraordinaria novela que resumimos.

Terminemos: Errores, contradicciones, artificios y arbitrariedades, enlucen dudo-

Resulta lamentable el entusiasmo con que husmean la pista de una Julia intrascendente, habitante de cualquier calle del Perro, ciertos críticos que recurren a la extorsión lógica y estética de las poesías becquerianas, para darse el

samente la hipótesis de Jarnés. La rigurosa interpretación realista, la supuesta trabazón cronológica (el análisis de las Rimas hecho por nuestro crítico presupone el reconocimiento de un orden inquebrantable, como si cada rima fuese el capítulo de una crónica sentimental), significan una corroboración original de lo que alegamos. El señor Jarnés, además, garantiza (con la excepción consignada) la unicidad de Julia, la rubia de ojos azules. Las Rimas XIII, XXI, probablemente la XXXIV, revelan la existencia de una mujer ojizarca; pero, por desgracia para Jarnés, la Rima XXV presenta a otra, de ojos negros. (Nuestro crítico, aunque estima, naturalmente, que dicha composición fué también inspirada por Julieta, omite la consideración enojosa de esas características físicas, y, para evitar un inútil desconcierto al lector, de las tres estrofas que la integran cita la segunda, ya que en la primera el poeta habla de las negras pestañas de la amada, y en la tercera, sobre todo, menciona indiscretamente sus ojos negros. Ante la intolerable contradicción de Bécquer, Jarnés resolvió — por especialísima devoción al poeta — hacer la vista gorda).

Y todavía, ex cátedra, Bécquer se atreve a confesar que compone sus versos para que los lea una Elisa de "ojos grises", en una rima que no figura en las ediciones corrientes, pero que posee, al menos, interés biográfico.

Por fin, la Rima XIX contiene el elogio de una mujer rubia (De perlas: Julia lo era, y Jarnés lo sabe); pero la XXIX, que el señor don Benjamín "julietiza" como de costumbre, nos permite conocer a una dama cuyos "rizos negros" rozaban, con excesiva familiaridad, la mejilla del poeta. Otra contradicción de Bécquer, en la que Jarnés, generosamente, no quiere reparar.

Olvidemos, ahora, la existencia de ese infernal centón femenino para no cargar al autor de la interpretación que comentamos. Pero si las Rimas poseyesen el orden incontrovertible que él les ha descubierto, es indudable que Bécquer no habría experimentado la violenta impresión — evidentemente inesperada — que refleja la Rima XLII, en caso de referirse a la misma mujer con quien ya había quebrado y cuya infidelidad — siempre que fuese posible hablar de infidelidad, repetimos, cuando las circunstancias habían arulado entre ella y él, todo vínculo moral y afectivo — no podía ya de ninguna manera sorprenderlo. Si el poeta hubiese querido presentar su biografía profunda, su historia vivida, habría eliminado las contradicciones y dispuesto las poesías de otro modo. ¿Es lógico pensar que esta zarandeada rima fuera, en tales circunstancias, colocada — como obviamente lo proclama su número — después de la XI, por ejemplo, que indica la definitiva, tácita y resignada ruptura, o después de la XXXVII y la XLI que descubren en el poeta un desencanto irreparable, incompatible con la sorpresa y el dolor sin límite que aquella Rima XLII desentraña dramáticamente? No fué la noticia de un noviazgo o de un casamiento, como supone con doméstica perspicacia el señor Jarnés, la causa que produjo aquel fulminante efecto en el alma del poeta.

¿Y qué decir de la maravillosa Rima LXXIII, en la que Bécquer, según su reciente crítico, cantaría nada menos que la muerte y los funerales de Julieta, poco tiempo antes convertida en monja? ¡El sensible Bécquer filosofando con serena melancolía y tono universal sobre la soledad de los muertos, a propósito de la mujer amada!

gusto de exhibir una sagacidad intelectual que muchas veces disimulan sin ningún esfuerzo.

3. — ¿Existe, por el contrario, en las *Rimas*, un orden estético, una orgánica unidad artística, independiente de la anécdota y, por lo tanto, sin valor biográfico directo?

Esta proposición fijaría el carácter ideal — exclusivo — de la obra de Bécquer, la hegemonía casi absoluta del elemento estético sobre el biográfico.

Aunque creemos advertir en las *Rimas* una sutil ordenación espiritual, pensamos que sostener en su latitud extrema semejante criterio, equivaldría a incurrir en el mismo pecado de intolerancia que censurábamos a quienes — como Jarnés — adoptaban la posición precedente.

4. — ¿Son las *Rimas* la historia de un alma? ¿Reflejan el proceso *ideal* de una existencia, la crisis de una gran pasión desbaratada, o de diversas pasiones, soñadas solamente, acaso vividas; mejor aún: vividas y soñadas al par, es decir, arraigadas en la realidad y libremente expandidas en el sueño?

Esta es, a nuestro juicio, la interpretación más atendida. Comienza por reconocer en las *Rimas* una presencia humana conmovida y profunda; pero concluye sosteniendo la relativa libertad del artista con respecto a su vida episódica o accidental.

Bécquer no crea su dolor, porque es sincero; pero lo transfigura. El mismo, como hemos visto, confiesa que cuando vive un estado de alma, no puede cantarlo. La substancia de su poesía es, paralelamente, humana y pretérita. Canta recordando; pero el recuerdo tamiza, depura la experiencia que aísla. Por eso, es posible distinguir en las *Rimas* un proceso ideal y general; una evidente yuxtaposición de aglutinantes psíquicos, un conjunto de estadios espirituales, sucesivos a veces, interpolados otras; pero seguramente discernibles.

Distribución.

La crítica, casi unánimemente, indica una primera serie de composiciones inspiradas por el entusiasmo estético de

Bécquer (1); pero discrepa o se extravía frente a los núcleos poéticos posteriores, afirmando o negando la trascendencia del episodio biográfico en las diversas entelequias literarias.

Nosotros creemos posible distinguir tres grupos, ciclos o complejos. Consecuentes con esta opinión, propendremos una distribución de las *Rimas*, ofrecida sin espíritu dogmático, como un sencillo aporte a la tentada dilucidación de este problema. (2)

No queremos imponer una clasificación artificial y des-

(1) "...admirable capítulo de poema didáctico, harto más riguroso y mejor orientado que tantas poéticas en verso — y prosa — incapaces de insinuar, ni remotamente siquiera, qué sea la poesía." Esto escribe J. M. de Cossío ("Poesía Española", Espasa-Calpe, 1936), refiriéndose a esa serie de rimas.

(2) He aquí nuestra clasificación de las "Rimas":

I) Complejo del Arte. — I, III, IV, V, VI, VII, VIII, XXI*.

II) Complejo del Amor. — I) Zona neutra: rimas madrigalescas. XII, XIX, XXI*, XXII.

2) Rimas de la emocionada expectativa: X, IX, XIV.

3) Rimas del deseo y la esperanza: XVI, XX, XXIII, XXV, XXVIII.

4) Rimas del amor feliz: XIII, XVII, XVIII, XXI*, XXIV, XXVII, XXIX, LIV (con reservas).

5) Rimas del amor desencantado: XXVI, XXXIV, XXXIX (rimas de transición); XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XL, XLI, XLII, XLIII, XLIV, XLV, XLVI, XLVII, XLVIII, XLIX, L, LI, LIII, LVIII, LIX (con reservas), LXIV*.

6) Rimas del amor imposible:

a) La virgen consagrada: LV (con reservas); LXX, LXXIV.

b) La mujer de piedra: LXXVI.

c) La mujer-fantasma: XI, XV.

III) Complejo de la Soledad. — II, LII, LVI, LVII, LX, LXI, LXII, LXIII, LXIV*, LXV, LXVI, LXVII, LXVIII, LXIX, LXXI, LXXII, LXXIII, LXXV.

Síntesis: poesía del sueño y del dest'no.

(Marcamos con asterisco las rimas que figuran en más de una categoría).

pótica (1); sólo deseamos verificar una tentativa — acaso deleznable — para dar el paisaje de un alma.

Hay en las *Rimas* una libre, pero indudable sucesión de tres etapas anímicas: Complejo (2) del Arte; Complejo del Amor; Complejo de la Soledad, es decir: la experiencia estética, la experiencia amorosa y el desnudo drama unipersonal.

Entiéndase bien: no desglosamos la poesía de Bécquer (como substancia eterna, indivisible), sino su estudio, en tres partes.

Itinerario espiritual.

I) *Complejo del Arte.* En Bécquer, al parecer, se da en un comienzo el entusiasmo estético en estado de pureza. El poeta del amor, es, entonces, un místico del arte. Siente la alteza de su vocación; y sobre el callado drama humano que empieza a vivir, exalta, como único privilegio inalienable, la diáfana conciencia de su poesía. *Poeta soy, poeta he de morir*, pudo decir Gustavo Adolfo, parafraseando a don Quijote.

Al estudiar su poética, hicimos un análisis de las *rimas* pertenecientes a este grupo. Creemos innecesario ofrecer una remisión retrospectiva.

II) *Complejo del Amor.* Bécquer es, por antonomasia, para las multitudes conmovidas, el poeta del amor.

Ya, al analizar sus principios estéticos, reproducimos sus ardientes palabras sobre el amor, y la triple identidad que consagraba.

El poeta Luis Cernuda, en un ágil y eficiente estudio que escribió sobre Bécquer, (3) cita, acerca del amor, algunas

(1) Por ejemplo: la Rima LXVII, en apariencia la de más difícil ubicación, puede sin esfuerzo ser incluida entre las rimas de la soledad. ¿No es en efecto el sarcástico morólogo de un artista infeliz y desconocido que, desde su amargo aislamiento, rehabilita la auténtica vida espiritual ante el regodeoseudopoético y seudosensible de los mediocres y los satisfechos?

(2) "Complejo es un parcial conglomerado anímico de carácter afectivo". (Haeblerlin).

(3) "Bécquer y el romanticismo español". Cruz y Raya. N.º 26. Madrid.

palabras de Abenarabi, místico musulmán: "Cualidad comburentante que consume como el fuego toda cosa que no sea de su mismo género." Y todavía: "el que penetra en esta morada del deseo ardiente (inaccesible al vulgo), anda errante, loco de amor, sin que se puedan ya descubrir las huellas de sus pasos ni su habitación fija."

Cernuda, hecha esa transcripción, manifiesta: "Ese sentimiento amoroso era el de Bécquer. Poeta del amor, sí; del amor desesperado, del que pocas personas pueden hablar, porque muy pocas lo conocen. Pero no es nuestra tarea analizar el amor." Confesamos que, si bien sentimos en Bécquer esa desesperación desgarradora de que Cernuda habla, no creemos que el amor de Bécquer sea — como antes el citado escritor lo asegura — "una pasión horrible, hecha de lo más duro y amargo, donde entran los celos, el despecho, la rabia, el dolor más cruel."

No. Esa es sólo una fase, parcial y efímera, del amor becqueriano: correspondería a un instante que representan algunas rimas incluidas entre las del amor desencantado.

Pero el amor de Bécquer, que así pinta Cernuda, tiene además, a nuestro juicio, una previa ascensión esperanzada y un postrer y soledoso vagar en la penumbra: un *antes* en que sonríen la expectativa conmovida de un alma que amanece y la embriaguez momentánea de quien llega al amor con inútiles bagajes de eternidad, fuerza inmensa aplicada a sostener el sueño de una flor; y un *después* cuya fatalidad será sobrellevable hasta la muerte, por la suprema y melancólica voluptuosidad de lo imposible.

No nos preocupa en este instante la realidad humana de su amor; mejor dicho, la realidad individual e individualizable, la búsqueda de la mujer de carne y hueso, o, acaso, de "niebla y luz".

No sabemos, no podremos decir nunca, quizá, definitivamente, a quién (¿a quiénes?) amó Bécquer; lo que podremos afirmar siempre, es que *Bécquer amó*. Es, en el amor, más sincero y humano que nadie, aun sin probable realidad humana detrás de su canto.

Dejemos que unos críticos repitan con Valera que las mujeres cantadas por Bécquer son puramente ideales; es decir, fantasmas que su alma engendró sin contacto material, por alta partenogénesis artística.

Dejemos que otros atisben con Nombela, en la vida de Bécquer, la imperiosa presencia de una gran pasión. Mitin espeso de opiniones, sufraga en favor de Julia, para hacer de ella la musa inconsciente de las *Rimas*.

Si esa mujer que canta llegó, no estuvo a la altura de su sueño; si no llegó jamás (“...he pasado los días más hermosos de mi existencia, expresa en “Pensamientos”, *aguardando a una mujer que no llega nunca...*”) (1), pudo el poeta consolarse soñando que llegaba.

Por lo que a nosotros respecta, tenemos la certidumbre de que Bécquer amó a mujeres de carne y hueso; pero pensamos que un precoz desencanto y una vocación de imposibles, lo condujo a apartarse de aquéllas y a crear objetos deleitosos e inasequibles, para su inexhausta sed de amor. (2)

Repetimos que las *Rimas* documentan el amor de Bécquer como sentimiento esencial; casi nunca, los amores del poeta.

Sueño y realidad. Evoquemos de nuevo las palabras que Bécquer, con un tono de pungente despedida, escribió en

(1) “Pero yo la he esperado y la espero aún, trémulo de emoción y de impaciencia. Mil mujeres pasan al lado mío: pasan unas altas y pálidas, otras morenas y ardientes; aquéllas con un suspiro, éstas con una carcajada alegre; y todas con promesas de ternura y melancolía infinitas, de placeres y de pasión sin límites. Este es su talle, aquéllos sus ojos y aquél el eco de su voz, semejante a una música. Pero mi alma, que es la que guarda de ella una remota memoria, se acerca a su alma... ¡y no la conoce!”

(2) Nadie puede abrigar la pretensión de resolver semejante problema. En “La mujer de Piedra”, por ejemplo, leímos unas palabras a nuestro entender decisivas para demostrar la ignorancia en que la crítica se encuentra acerca de la vida sentimental de Bécquer. Oigamos su confidencia, invalorable por su tono preciso: “Nunca pude darme razón, cuando muchacho, del por qué para ir a cualquier punto de la ciudad donde nació, era preciso antes pasar por la casa de mi novia.” ¿Qué biógrafo se ha referido a este amor juvenil del poeta, en su ciudad natal? Esta novia adolescente que recuerda, y ante cuyo umbral imantado quizás por vez primera se descubrió poeta, ¿debe ser identificada con la pescadora andaluza que menciona Moreno Godino?

su “Introducción sinfónica”: “*Mi memoria clasifica, revueltos, nombres y fechas de mujeres y días que han pasado o han muerto, con los días y mujeres que no han existido sino en mi imaginación.*” Un doble imposible crucifica su alma, incapaz de distinguir lo vivido de lo soñado: mujeres que han pasado; mujeres que no han existido, tenues fuegos fatuos espirituales en el recóndito manantial de sus lágrimas.

Su amor: ternura, pasión desesperada; alucinados éxodos hacia el país de lo imposible; su privilegio inigualable: el secreto de la emoción que le allana el camino de todos los corazones.

1) *Zona neutra: rimas madrigalescas*. Con excepción de la *Rima XXI*, que puede figurar en tres categorías a la vez, las escasas composiciones de este grupo marcan, acaso con la *Rima LX*, el perigeo lírico de Bécquer.

Gustavo Adolfo, felizmente, no había nacido para sobresalir como poeta galante. La galantería es el fino carnaval del amor. Bécquer no sabía enmascararse bajo doradas telas de ingenio. La hábil maniobra verbal, la lubricada genuflexión, la elástica sonrisa, la disciplina facial del cortesano o del coplero madrigalesco, le fueron inevitablemente extrañas.

2) *Rimas de la emocionada expectativa*. La *Rima X* es la lúcida profecía del amor. El alma del poeta es el diapasón delicado de una cósmica, unánime emoción: el aire se inflama, el cielo brilla, la tierra se estremece; el beso — todavía inmaterial — suena armonioso entre un batir de alas: “¿*Qué sucede? — ¡Es el amor que pasa!*” En su magnífica leyenda, “El Caudillo de las Manos Rojas”, Bécquer presenta a Pulo que, de labios de Siannah, la esposa bellísima a quien no debía conocer carnalmente hasta el término de su viaje y de su penitencia, escucha — transcurridas cuarenta lunas, en un cálido mediodía, a la sombra de un boabad gigantesco, mientras suspira “el bulbul sobre las ramas de un penachudo talipot” — un poema de amor, “La vuelta del combate”, en el cual cantan bajo forma amebea, La Virgen y El Caudillo.

Dice la primera: "Caudillo, ¿qué espíritu invisible llena el aire de melodiosos acordes y me estremece a su contacto?" Responde el Caudillo: "Virgen, es el amor que pasa". El canto se clausura con un beso. Pulo ha labrado su pérdida, bajo los ojos vengativos de Schiven. Pero, dejemos ahora la leyenda y su atmósfera. La relación entre la *Rima X* y el pasaje transcrito, es notable: sus palabras finales coinciden exactamente.

La *Rima IX* es un precioso ejemplo de la "einfühlung" (1) de Lipps. (La "einfühlung", diríamos, es la transfusión de la realidad subjetiva en la objetiva; el tránsito del espíritu a las cosas, cuyo contenido penetra y sustituye; un imperialismo psíquico, concluiremos, que conquista un objeto y se le impone, proyectándose en él, impregnándolo. Tiene carácter estético, cuando la realidad objetiva en que "la proyección sentimental" se efectúa, está tomada como símbolo: "aquello que percibimos, dice Lipps (Segunda sección, Cap. III) (2), y en lo cual vivimos otra cosa").

El alma de Bécquer, en la *rima* citada, vibrante en su orto de amor, presta su emocionado signo psíquico a la naturaleza en que se difunde: un beso universal sensibiliza los elementos y las cosas.

La *Rima XIV* recuerda el poema "*Estrellas Fijas*", de Poe. Siente Bécquer la dulce fatalidad de unos ojos, sincopada constelación que lo ciega, fuegos fatuos, acaso, que quieren fascinarlo y perderlo. Solamente los ojos, de hermosura despótica, desprendidos y obsesionantes... Aquí la estremecedora expectativa del poeta ante el amor, merced a la patética incertidumbre del hombre, cobra un inesperado carácter dramático. (3)

(1) La palabra "einfühlung" (literalmente "sentir en") ha sido traducida de diversos modos: "introyección", "intropatía", "endopatía", "proyección sentimental".

(2) Lipps: "Los Fundamentos de la Estética" (Segunda Sección). Traducción de Ovejero y Maury. — Jorro, 1923, Madrid.

(3) "Te vi un punto y flotando ante mis ojos—la imagen de tus ojos se quedó". "Yo me siento arrastrado por tus ojos—pero adónde me arrastran, no lo sé."

3) *Rimas del deseo y la esperanza*. — La aptitud de su alma para amar, como creemos haberlo sugerido, es el signo individual de una aparente vocación cósmica; aparente, porque en realidad es el poeta quien asigna su alma al universo y se siente eco siendo fuerza causal.

Porque ama, porque ha nacido para amar, Bécquer encuentra la imagen y el destino del amor en todas las cosas; la expectativa que vivió, creyó vivirla en el seno de un mundo donde el amor es la única realidad posible y definitiva. (Pronto habría de verificarse el reflujo de las cosas a su yo; la expansión de la expectativa y de la experiencia feliz, iba a trocarse en un doloroso retorno a sí propio).

Estudiemos ahora una nueva serie de *Rimas*. La pasividad de la expectativa se trueca en un ascender hacia el amor por la escala del deseo, que las manos de la esperanza sostienen.

Su tendencia a presentarse invisiblemente ante la mujer amada, nos prueba que Bécquer era un tímido: un complejo de inferioridad que determinan o estimulan aislada o conjuntamente su pobreza y su adinamia física, se convierte al llegar al mundo de la creación poética, en ese recurso de la invisibilidad a que acude su deseo para sublimarse de algún modo.

En la *Rima XVI* sólo osa insinuarse a la amada metamorfoseado en viento, en vago rumor afelpado de sombras, en vibración abrasadora del aire: "*sabe que, aunque invisible, al lado tuyo—respiro yo*".

En la *Rima XX*, le anuncia con el idioma de un profeta apocado, el homenaje de un beso... igualmente invisible. En la *XXIII* ya no piensa en besar sino en ser besado, y su juvenil entusiasmo no encuentra en el cosmos, mundos o cielos que hagan posible la retribución. (Sólo en celestes monedas podía Bécquer pagar a las mujeres).

La *Rima XXV*, de un ritmo rápido y gracioso, es la composición becqueriana que posee más ímpetu y pasión. Ya el deseo no piensa en retribuir con mundos o cielos so-

lamente; ofrece todo lo que posee: “*la luz, el aire—y el pensamiento*”; lo que ambiciona: “*la fama, el oro—la gloria, el genio*”; y luego, todavía: “*la fe, el espíritu—la tierra, el cielo*”. Vuelve Gustavo Adolfo a valerse de su espléndido patrón sideral. . .

En la *Rima XXVIII*, delicadísima y melancólica, ya no es él quien visita a la amada, invisiblemente. Su esperanza quintaesenciada, sirve de dulce tónico al deseo que se extenúa. Ya no es él quien busca a la amada, con puro entusiasmo; ahora, según la imagen de su esperanza, es la amada la que viene hacia él a devolverle, invisible, la invisible visita, con suspiros de amor y con besos nacidos de suspiros.

4) *Rimas del amor feliz*. — Momentáneamente el poeta logra la conquista del paraíso soñado. Ama. Es amado: descubre a Dios en el empíreo del amor (*Rima XVII*). Proclama la unidad de su alma con la de su amada mediante imágenes dignas de Santa Teresa cuando en las *Séptimas Moradas* quiere explicar el espiritual matrimonio (*XXIV*). Describe luego el beso que los une, propiciado por el “Infierno”, suscitador, en este caso, de una celeste dicha. (*XXIX*).

La *Rima XXVII* es tal vez la más fina y original de este grupo: el poeta experimenta frente a su amante una inefable felicidad. Despierta, su risa, su mirada, su acento, son una fiesta para el corazón; pero, dormida la amada, su risa se esfuma en sonrisa inmaterial y leve; su mirada brillante, en un suave fulgor que tamizan los párpados; su voz musical en el murmullo “acompañado y tenue” del aliento. El poeta la ama así, sobre todo: cuando espiritualizada en el sueño, su hechizo plástico se tornasola en suave presencia recogida. El amor es en él contemplación extática; prefiere la penumbra de los sueños, a la violenta claridad de la vigilia. Llegado hasta el palacio mágico, franqueado el bosque espeso, este príncipe desheredado pidió a las hadas que no despertasen a la Bella Durmiente. Y se quedó velándola para adorar con casto silencio su hermosura; pero el hada ma-

ligna del cuento de Perrault, retornaría para despertar a la encantada princesa. . .

La *Rima XXI*, incluida en este grupo, dará pie a una observación importante: en ella aparece una mujer ojizarca, mientras en la *XXV* (1), explícitamente, y en la *XXIX*, casi con seguridad, las protagonistas tienen ojos negros. El hecho se explica: Bécquer—probablemente, insistimos—no amó, o por lo menos no cantó, a una sola mujer. Además, la transición del amor feliz al desencantado — y es hora de que lo consignemos — no ocurre sin duda a causa de una mujer determinada: sostenemos que varias experiencias eróticas (2) sucesivamente infelices, prepararon el camino con la complicidad del tiempo que había atenuado el entusiasmo de la juventud y su heroísmo frente al desencanto.

5) *Rimas del amor desencantado*. — Establecimos ya, lo que denominaremos ahora el politeísmo erótico de Bécquer. Sucesivo, desde luego, porque ésa es la imagen ética que le corresponde. Tres mujeres, por lo menos, parecen o pudieron haber suscitado ese precoz desencanto del poeta. Una, plásticamente bella, pero insensible y torpe, incapaz de comprenderlo. Con ésta, la ruptura se produce lentamente. Se insinúa en las rimas *XXVI* (“*Pienso cual tú que una oda sólo es buena—de un billete de banco al dorso escrita*”); *XXXIV* (“*¿Qué es estúpida? ¡Bah! Mientras callando—guarde obscuro el enigma. . .*”) y *XXXIX* (“*es una estatua inanimada, pero. . .—¡es tan hermosa!*”). Estas composiciones nos permiten — con mano segura — reconstruir el retrato físico y moral de esa mujer: supremamente bella, materialista, torpe, insensible. El cuadro no resulta halagador para la interesada ni para el poeta. ¿Esclavitud sensual en el último? No. Adoración estética de los arquetipos. Esta fué sin duda la Bella Durmiente; pero se despertó, por desgracia, y no era muda.

(1) Correspondiente al grupo anterior.

(2) A una de las mujeres con quienes vivió esos episodios, dedica Bécquer la *Rima LIV*, en que el desencanto próximo aparece presentido.

La ruptura se produjo sin remedio. Su causa profunda fué la evidente desproporción de temperamentos, espíritus y sensibilidades; su manifestación accidental, choques y agravios que surgían del trato cotidiano. No afirmamos, empero, la realidad del episodio; no hacemos biografía externa, sino historia de las vicisitudes de un alma. Al ocuparnos con estas rimas del amor desencantado, sabíamos de antemano que corríamos el riesgo de hacer anécdota, ya que nada es tan propicio a las deducciones como la clásica escaramuza sentimental y su no menos clásico proceso de entusiasmo, desengaño y ruptura.

Esta primera mujer, cuya verosimilitud nos complace en aceptar, aunque no estemos dispuestos, naturalmente, a garantizar su existencia, podría ser la inspiradora de ciertas rimas que giran en torno al episodio de la ruptura: XXX ("Yo digo aún:—¿Por qué callé aquel día?—Y ella dirá:—¿Por qué no lloré yo?"); XXXI ("Nuestra pasión fué un trágico sainete"); XXXII ("Pasaba arrolladora en su hermosura"); XXXIII ("Es cuestión de palabras"); XXXV ("Porque lo que hay en mí que vale algo,—eso... ¡ni lo pudiste sospechar!"); XXXVI ("nuestros agravios..."); XXXVII (el emplazamiento póstumo, escalofriante a pesar de su solemnidad oratoria: "Allí, donde el sepulcro que se cierra—abre una eternidad...—¡Todo cuanto los dos hemos callado—lo tenemos que hablar!") y, a modo de despedida, la magnífica Rima LXI ("¡No pudo ser!")

La segunda mujer no rompió con él paulatinamente; tuvo, en su perfidia, la violencia del rayo; la primera era tan bella como torpe; la segunda, perversa y falaz. Su traición fué inesperada. Ella inspira (probablemente, repetiremos, para atenuar nuestros entusiasmos conjeturales), la dramática Rima XLII, la más meridional entre las de Bécquer: "Cuando me lo contaron... Entonces comprendí por qué se llora,—entonces comprendí por qué se mata"; la XLIII ("Sólo recuerdo que lloré y maldije—y que en aquella noche envejecí"); la XLV ("...el corazón—lo llevará en mano, en cualquier parte...; pero en le pecho, no." Asoma

Heine, el Heine que dice: "¡Y qué soneto al corazón le haría—si mi amada tuviera corazón!"); la XLVI ("Me ha herido recatándose en las sombras...—Partíome a sangre fría el corazón...—Prosigue alegre su camino...—¡Porque el muerto está en pie!"); la XLVII ("De un corazón llegué al abismo—... y mi alma y mis ojos se turbaron:—¡tan hondo era y tan negro!"). Estas rimas descubren, por lo pronto, encono, desesperación, amargura, a diferencia de las que integran la primera serie, — rimas no de la traición, sino de la ruptura — que revelan melancolía, desengaño, orgullo frente a una coqueta insensible.

Hay, pues, dos categorías afectivas cabalmente diversas: melancolía despechada en las rimas de la ruptura; dolor desesperado, en las rimas de la traición.

La única esperanza consoladora, que proyecta su preciso perfil sobre el lienzo deteriorado de su sueño (1), está expresada sutilmente en la Rima XLIX, donde se sosiega con el pensamiento de que ella ríe como él, para encubrir su dolor. Se complace porque la ama todavía — aunque no puede perdonarla — en suponer que ella sufre por él, como él por ella. Y en la Rima LI confiesa que daría la vida mortal e inmortal que le estaba destinada, por saber lo que ella pensó a solas de él: con el desesperado deseo de averiguar si alguna vez lo había amado, arriesgaba privilegios terrenos y celestes.

Dos rimas célebres, la LIII ("Volverán las oscuras golondrinas", elegía del retorno imposible) (2) y la LII ("¡Olas gigantes que os rompéis bramando... Ráfagas de huracán... Nubes de tempestad... Llévame, por piedad, adonde el vértigo—con la razón me arranque la memoria.—¡Por piedad!... Tengo miedo de quedarme—con mi dolor a solas"), lógicamente deben estimarse como la coronación genial de los dos grupos.

(1) ¿Cuál de las dos mujeres cantadas, la insensible o la pérdida, le inspira estas rimas? No es posible especificarlo.

(2) Debe ser incluida entre las rimas de la ruptura por su tierna melancolía y porque está dirigida a una mujer que — hasta entonces — visiblemente sólo él había amado.

Hay — nos atrevemos a insinuarlo — todavía una tercera mujer. Se alude a ella con fugacidad, pero con estremeceadora emoción en la *Rima LV*, que incluimos en el grupo siguiente. ¿Es acaso la novia de Sevilla, aquella que recuerda con familiar reticencia en "*La Mujer de Piedra*", la novia adolescente ("¡Románticos somos!...") que — partido el poeta hacia Madrid con su bagaje de castillos aéreos — buscó la consoladora serenidad del claustro? Acompañado Bécquer por una cortesana ("*mi adorada de un día*") oye de pronto el eco de un suspiro ("*El eco de un suspiro que conosco—formado de un aliento que he bebido—perfume de una flor que oculta crece—en un claustro sombrío*"). Nos parece difícil encontrar una solución aparente que se adecúe mejor al problema que esa alusión misteriosa suscita.

Esta pasión que recuerda, puede ser una pasión vivida, un amor real. No intentamos pautar al respecto; hemos expresado ya que, a nuestro parecer, Bécquer amó mujeres reales; pero las *Rimas*, añadíamos, son la historia ideal de un alma. Y bien, sin mengua de esta línea matriz que nos hemos trazado, por un espíritu de independencia que ama la verdad y rechaza los sistemas, declaramos que ciertas situaciones especialísimas (como la de este claustro recordado en la orgía), visibles excepciones a la regla aludida, no autorizan, sin embargo, a vertebrar una novela.

6) *Rimas del amor imposible*. — La poesía, para Bécquer, es la mujer; la mujer es el amor; el amor, para cerrar el círculo encantado, es la poesía.

La vocación del poeta se identifica en él con la del amante. Poeta y amante para siempre: cuando el desencanto haga refluir a su alma la energía amorosa que sin saberlo derramó en el cosmos, se hará su amor más íntimo, más puro, más intenso.

Pero amar sin objeto es como vivir la poesía sin cantarla. El verdadero poeta, decía Emerson, es el que expresa; el verdadero amante, agreguemos, el que busca o se crea una mujer: de Pigmalión a Bécquer.

Una mujer... Mas ¿dónde encontrarla? La experien-

cia de su corazón, girasueño transido, le vedaba la búsqueda de la hembra real y pérfida. Las mujeres de barro con que la vida flanqueaba su camino, no podían ya atraerlo: por la aptitud creciente de su inclinación a lo imposible que le hacía desdeñar los sueños de la carne demasiado tangible y buscar la carne de los sueños, translúcida, incorpórea; por el recuerdo demasiado cercano de la inferioridad o la traición con que otras mujeres — soñadas o vivas — cegaron al ruiseñor que temblaba en su pecho.

¿Dónde encontrar el objeto en que se descargase el flúido espiritual que, de otro modo, le habría hecho estallar el alma?

Se complace, entonces, en la voluptuosa conciencia de su sueño imposible. Lo que la mano alcanza sin esfuerzo, enfría la codicia que despierta; lo que nunca podrá lograrse, hace triste el deseo, trágica la esperanza; pero otorga la dignidad de la melancolía.

Y Bécquer se convierte en el poeta del amor imposible.

Quería encontrar una mujer; pero la única que podía avivar la lumbre del deseo en su corazón arrecido, era la que iniciase o cumplierse un auténtico proceso de deshumanización.

Viva, jamás, por lo menos para el mundo; fantástica, espectral, incorpórea, o plástica, con la suprema vida espiritual del arte.

Y así, el destino deparará al poeta sucesivamente (en una sucesión que nosotros imaginamos), *la virgen consagrada; la mujer de piedra; la mujer-fantasma*.

Viva, pero no para el mundo, decíamos. No nos sorprendamos de que se enamore — desesperanzadamente — de una virgen consagrada a su dios, en la sombría soledad de los claustros.

¿Podemos identificarla con la adolescente que amó en los días felices de su ciudad natal? La *Rima LV* permitiría hacerlo; pero preferimos, con el recuerdo de "Tres fechas" en la mente, suponer que una desconocida, una deliciosa criatura que recluía su belleza en la fría desnudez de una celda

monástica, inspiró al poeta. Y éste la amó sabiéndola inalcanzable, acaso porque la sabía inalcanzable: la amó, o soñó que la amaba.

Dos rimas ilustran esta primera fase de su amor imposible: la LXX y la LXXIV; con muchas reservas, la LV.

En la primera, Bécquer se presenta en la noche, vagando en torno a un monasterio; contemplando de lejos — soñador ignorado, amante ingenuamente sacrilego — el fulgor de la lámpara que temblaba en los vidrios y tenía el privilegio de iluminar un rostro que él nunca besaría; distinguiendo — desde la sombra en que su corazón naufragaba — entre las voces del coro, sobre el fragor del viento, la voz vibrante y clara que jamás modularía su nombre.

Velando su propio sueño de amor, fantasma para los transeúntes inquietos o supersticiosos; fantasma sobre todo para sí mismo, alcanzó con el tiempo la misteriosa solidaridad de buhos y reptiles, el piadoso saludo de los santos muros de granito.

En la Rima LXXIV canta de nuevo a esa amada inaccesible. En la composición anterior la presentía; en ésta, la contempla acercándose a los hierros que defienden la entrada: “Y de las dobles rejas en el fondo—la ví, confusa y blanca.—La ví como la imagen—que en leve sueño pasa— como rayo de luz, tenue y difuso—que entre tinieblas nada.” Experimentó el influjo de su atracción inefable; pero dos ángeles custodiaban la entrada: “El umbral de esta puerta—sólo Dios lo traspasa”.

La Rima LXXVI nos descubre otra fase de su amor imposible: Bécquer se enamora de una mujer de piedra. En sus Leyendas, él mismo, vagamente (“La Mujer de Piedra”), y alguno de sus héroes (“El Beso”), nos ofrecen el caso de esa pasión extraordinaria. Aquí una criatura inerte inspira el amor del poeta; sin vida efímera, con la vida inmortal del arte. Y este inquisidor de una maravillosa Durmiente, ante la mujer de granito cuyo rostro guardaba “de la postrer sonrisa—el resplandor divino” sueña con ten-

derse en “aquel lecho de piedra que ofrecía—próximo al muro otro lugar vacío”, con “el ansia de esa vida de la muerte—para lo que un instante son los siglos”. Y cada vez que recuerda “...aquella muda y pálida—mujer...”, exclama: “Oh, qué amor tan callado el de la muerte!—¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!” (1) Concibe la muerte como un sueño apacible y sin fronteras; no se resigna a suponer abolida por ella, la conciencia de sí mismo, que quisiera fuese inmortal como la obra que lo sobreviviría. Y esa activa conciencia, sólo custodiaría, como un ángel más, entre lises de silencio, el sueño de su extraña amante definitiva.

Una última fase, como vimos, nos descubre su amor imposible: el culto desolado de la mujer-fantasma. Total deshumanización (y desmaterialización, agreguemos). Ahora, Bécquer ama a la mujer incorpórea, intangible.

La Rima XV es un canto a la mujer soñada: “Tú, sombra aérea, que cuantas veces—voy a tocarte, te desvaneces...” Pero él se entrega a su inútil cacería de sombras, con obstinada angustia “¡Yo, que incansable corro y demente—tras una sombra, tras la hija ardiente—de una visión!”

La Rima XI (2) corona su complejo de amor. Las mujeres de carne ya no mueven siquiera sus sentidos: la morena con su pasión, la rubia con su ternura, se le ofrecen inútilmente. Pero he aquí que escucha fascinado una voz espectral: —“Yo soy un sueño, un imposible—vano fantasma de niebla y luz;—soy incorpórea, soy intangible;—no puedo amarte. —¡Oh, ven, ven tú!”

Ignoro la fecha de esta Rima; pero quiero suponerla compuesta durante los últimos años de la vida de Bécquer. Un hombre que así canta ya no quiere vivir.

(1) Véase la interpretación de esta rima en la primera parte del presente ensayo.

(2) Compárese con el pasaje de “Pensamientos” transcrito en nota anterior. Realícese, también, un paralelo ya indicado con las Leyendas (“Ojos Verdes” y “Rayo de Luna”).

III) Complejo de la Soledad (I)

Amor de la soledad. Soledad del amor. Estas palabras definen y compendian el estilo vital, pálidamente vital, del último Bécquer.

La historia de su alma al principio nos muestra una unidad que se expande, acicateada por el sueño del arte y del amor.

Pero esta historia se clausura con el retorno definitivo a la soledad.

Aislarse es renunciar a todo para no renunciar a uno mismo.

Porque la soledad es recogimiento, y la más alta, un prodigioso hallazgo de uno mismo: aguza las voces interiores y las hace más claras; ahonda los sentimientos y los hace más puros. Sin embargo, ésta es la soledad espontánea, sin drama.

Bécquer, desde un principio, nos sorprende con la conciencia de su fatal aislamiento. En la *Rima II*, cuatro imágenes sucesivas repiten una doble idea: el poeta es "saeta que voladora — cruza arrojada al azar — sin adivinarse dónde — temblando se clavará"; "hoja que del árbol seca — arrebatada el vendaval — sin que nadie acierte el surco — donde a caer volverá"; "gigante ola que el viento — riza y empuja en el mar, — y rueda y pasa y no sabe — qué playa buscando va"; "luz que en cercos temblorosos — brilla próxima a expirar, — ignorándose cuál de ellos — el último brillará."

Doble idea, dijimos: idea de fatalidad; idea de soledad.

En efecto, Bécquer es una unidad consciente en marcha. Tiene un impulso y una orientación. Pero el impulso le ha sido dado por fuerzas desconocidas; la orientación le fué impuesta también, y su conocimiento le está vedado inflexiblemente.

En segundo término, el poeta es una saeta, una hoja, una ola, una luz. Partió a solas; avanza a solas; a solas morirá.

Esta *Rima* constituye la primera manifestación dramática del complejo de la soledad; manifestación incoativa: con ecos parciales, aunque sin continuidad inmediata.

Bécquer vive, primero, en su luminosa latitud, el descubrimiento de su vocación poética; luego el triunfo transitorio del amor.

Pronto, demasiado pronto, tendrá el poeta nuevamente soledad; pero soledad con lágrimas. Ya conocemos el drama de que fué Bécquer actor y espectador desconsolado.

Asistamos a su fase final; rehagamos el itinerario de la desesperanza.

A un grito escalofriante (*Rima LII*), sigue una tediosa resignación indiferente (*LVI*), una precoz certidumbre de la vejez del corazón, muerta la juventud del entusiasmo (*LVII*) y de la fatalidad del dolor — en la mediocre *Rima LX* — y el olvido, paliada con una interrogación (*LXI* y *LXII*); la implacable presencia de las pasadas horas que el despotismo del recuerdo fija (*LXIII*). Y de pronto, un reposo aparente: la increíble caducidad de su propio dolor (*LXIV*: "¡Ah, barro miserable, eternamente — no podrás ni aun sufrir!"). En seguida la soledad con hambre (*LXV*: "Llegó la noche y no encontré un asilo; — ¡y tuve sed!... Mis lágrimas bebí; — ¡y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos — cerré para morir!"); luego, en esta solitaria natación entre sombras, la *Rima LXVI*, historia y profecía de su propio destino, angustiosa videncia de su pasado y de su porvenir, respuesta de un alma — "hecha jirones" — que despejó la incógnita juvenil de la *Rima II*: al Bécquer de ayer (que podía decir con incertidumbre, y por lo tanto aún con esperanza: "Cruzo el mundo sin pensar — de dónde vengo ni adónde — mis pasos me llevarán"), el Bécquer definitivo, el Bécquer de la soledad para siempre, descubre de dónde viene y adónde va ("Donde habite el olvido, — allí estará mi tumba").

A continuación, otro descanso equívoco: la protesta del artista solitario ante la apócrifa vida espiritual de los satis-

fechos (LXVII) y el descubrimiento — jubiloso para este sibarita de la melancolía — de que aún le quedan lágrimas en un estado que había creído de indiferente convalecencia moral (LXVIII).

Inmediatamente, hallamos una *rima* brevísima, la LXIX, fundamental definición filosófica de este desencantado: “*Al brillar un relámpago nacemos, — y aun dura su fulgor cuando morimos: — ¡tan corto es el vivir! — La gloria y el amor tras que corremos — sombras de un sueño son que perseguimos:—¡despertar es morir!*” En ella la despojada voz del renunciamiento interpreta el sentido de la vida: huésped de un relámpago, el poeta — o si se quiere, el hombre — ha sincopado su experiencia en un nacer y un morir cuya inmediata *sucesividad* quieren disfrazar vanamente el amor y la gloria, para darles un pretexto metafísico.

Después de esta *rima*, la voz del poeta cobra un definitivo acento de suave y resignada melancolía; su espíritu abandona progresivamente el plano real para iniciar un tenue turismo de tinieblas, una exploración de mundos entrevistos (de “*trasmundos ideales*”); éxodos que había tentado muchas veces y que ahora cumple con alada sabiduría; evasiones oníricas con las que inaugura una poesía nueva.

En la *Rima* LXXI asistimos a la exploración solitaria de esa nebulosa zona virgen que separa la vigilia del sueño y en cuyo espacio destemporalizado el alma recupera el sentido misterioso del presentimiento: una procesión de místicas que aspiran a ser voces, de perfumes que aguzan la memoria, le hace una fantástica revelación sin palabras; la conciencia, tras una angustiosa tensión, cae en el piadoso olvido del sueño; cuando reanuda — con el despertar — su actividad lúcida y vigilante, el poeta, puede exclamar: “*¡Alguno—que yo quería ha muerto!*”

La pálida filosofía del desencanto, ahora, a modo de síntesis, se insinúa simbólicamente, en la *Rima* LXXII: pueden de nuevo los barqueros del Amor, la Gloria, y

la Libertad, ofertarle el halago especioso del viaje; conspirar contra su soledad presentando otra vez la tentación de la aventura y la promesa de la dicha lejana: desde la orilla de su canto, el náufrago desnudo les responde con una sonrisa; mas, si burló a las sirenas, otra más implacable lo ha hecho suyo.

Sí, la definitiva soledad de la vida. No obstante el poeta va a elevarse de esa gran soledad a otra que nadie puede rehuir; frente a la cual no sabe ni siquiera si tendrá el consuelo de sobrevivirse en esencia, de seguir realizando su destino creador: de la gran soledad de la vida, se eleva, interrogante, a la gran soledad de la muerte: “*¡Dios mío, qué solos — se quedan los muertos!*”... “*¿Vuelve el polvo al polvo? — ¿Vuela el alma al cielo?*”

(¡Ah, la pálida niña que velaron en la fría intimidad de la alcoba y en el grave silencio del templo, que recluyeron y olvidaron en el nicho incubado por la noche, y que tuvo para el frío y la lluvia que helaban sus huesos, como sola reserva, tu conmovido corazón “*perdido en las sombras*”; esa pálida niña era tu poesía, que amortajaban, Gustavo Adolfo, la indiferencia y el olvido, pero que habría de sonreír en la amorosa resurrección a que la destinaban el fervor de los hombres y la emocionada gratitud de la posteridad!).

Soledad de la vida. Soledad de la muerte. Bécquer supo vincularlas, en la *Rima* LXXV con la misteriosa familiaridad de su actividad onírica, en las evasiones de su espíritu, “huésped de las nieblas”, y en la *incontrolada* existencia que alentaba “desnudo de la humana forma” en el silencioso mundo de la idea (“*¡Mundo de visiones — vive fuera o va dentro de nosotros!*”). Puede, pues, el poeta confesarnos: “...*conozco a muchas gentes — a quienes no conozco*”, porque su soledad, poblada de fantasmas, abre ignoradas puertas al futuro; y esas gentes que conoce sin conocer ¿no seremos los que experimentamos la consoladora certidumbre de su amistad y de su compañía al leerlo?..

Síntesis final: poesía del sueño y del destino.

La poesía de Bécquer dramatiza, melancólicamente, el conflicto del sueño y del destino.

Soñó primero con el arte y la gloria; más tarde, con la eternidad del amor; por fin, con la eternidad del sufrimiento.

Y un triple desencanto enriqueció la fuente de sus lágrimas.

Pero, tercamente, continuó soñando: hasta adquirir la fina aptitud del ensueño absoluto, la familiaridad de lo invisible, los frágiles imperios que limita un suspiro, que compendia una lágrima, inmateriales tierras prometidas en que pudo olvidar sus fatales herencias de miseria y de muerte.

Halló una voluptuosidad desconocida en la adoración de su propio imposible; por eso, a diferencia de un Dostoiéwski, para quien no había nada tan fantástico como la realidad, Bécquer hubiera podido decir que nada para él era tan real como su sueño.

De allí la inquietud espiritual de Bécquer; su dulce rebelión indefinida. No la rebelión gnoseológica y activa del alma fáustica, sino una rebelión onírica, contemplativa, que quiso corregir — actitud entrañablemente romántica — las inmutables disposiciones del destino.

De ese conflicto entre el destino y el sueño, nace la poesía de lo imposible, esencialmente melancólica.

El maravilloso viaje por el mundo poético de Bécquer, ha concluído. Palabras y visiones tiemblan y giran aún en la memoria.

Y, momentáneamente, para nuevas visiones y palabras, sentimos despojados los ojos y los labios desiertos.

Roberto Ibáñez

TALLEYRAND

Ya podemos iluminar la penumbra de Talleyrand. Contamos con la linterna que encendieron para nosotros, Lacour-Gayet, Saint-Aulaire, Emile Dard y Franz Blei.

Escurridizo y enigmático. Lo definía Madame de Stael: "el más impenetrable, el más indescifrable de los hombres".

El Genio de la política. Entró a ella, haciendo gala de una despreocupación desconcertante, en cuanto al respeto debido a las ideas y a los principios. Fué en 1787. Exactamente dos años antes de caer la Bastilla, y seis antes del Terror. Buscaba la defensa del trono, en la Asamblea de Notables, el hermano del rey. Se presentía, tan temprano, la catástrofe. Su mirada encontró, de pronto, la del joven Talleyrand. Buscó en él un consejo, o un apoyo.

—"Habría que sacrificar dos cabezas; dos, no más"... dijo Talleyrand arrastrando las palabras. "Más tarde no alcanzaría con dos."

—"¿Cuáles?", preguntó ansioso el Conde de Artois.

—"La cabeza del duque de Orleans, y la cabeza de Mirabeau."

Rápido, el Conde cortó con un gesto de desaliento:

—"Mi hermano no consentirá nunca."

—"¿Estáis seguro?"

—"Seguro."

—"Entonces, — silabeó Talleyrand, levantándose, tomando su bastón y haciendo una reverencia, — me pasaré del otro lado."

Buen principio, para el que debía ser muy pronto, el

primer oportunista europeo. La arista más sensible de su carácter fué la que le permitió adivinar la inminente caída de una idea política. Jugador de bolsa, apostaba siempre en el momento oportuno. Trapecista seguro hasta en décimas de segundo, cuando soltaba su mano el hierro de un sistema, daba la impresión de no necesitar la malla extendida. Los regímenes pueden caer, y caen. No sabrían ser arrastrados en el torbellino, los buenos políticos. Sobre este pensamiento erigió su sistema. Cuando Luis XVIII recibió su juramento de fidelidad, oyó de labios de Talleyrand, estas palabras: "Es el décimotercero, Sire." Con voz más baja agregó: "Espero que será el último". No. Para cerrar la cuenta cínica, faltaba aún Luis Felipe. Su aptitud para las transformaciones fulminantes, debía permitirle esa última satisfacción.

En el fondo de su carácter, una borra: el desprecio a todas las leyes morales.

Era *honrado*. Pero su concepto sobre la honradez, era particularísimo. Ese concepto lo ayudó tanto, que teniendo deudas en 1797, era dueño, en 1799, apenas despejadas las nieblas de Brumario, de 30 millones de francos. A Livingston, diplomático americano, lo aligeró, en 1802, en dos millones. Después de Marengo, utilizando los datos secretos que su cargo le permitía obtener, ganó a la Bolsa, 8 millones. Es prodigioso. Se diría un milagro oriental. Le dió 6 millones el tratado de Luneville. Y 15 millones el negociado de las secularizaciones. Todo esto no es fácil. Se requiere el esfuerzo y el sacrificio. Se sacrificó, aceptando el encargo de preguntar a la Condesa Waleska, si había *sentido* la mirada de Napoleón. París bien vale una misa. La pregunta, indigna, se hizo.

Intencionadamente pidió una vez Napoleón, al Príncipe de Benevento, un vaso de limonada. Expectativa de los cortesanos. La tirantez de los últimos días se resolvería, al fin, por virtud de ese pedido humillante. La dimisión del Ministro, iría acompañada, sin duda, del gesto altivo, y de la palabra digna. Tras muy leve vacilación, se alejó Talleyrand por unos minutos. Pronto se sintió su paso ca-

racterístico, desigual, torpe, resabio de la fractura infantil. El silencio, aclaraba el rítmico golpe del bastón sobre el zapato de hierro. Una mano del Ministro, sostenía una bandeja. Sobre ella, el fino cristal de Bohemia. El otro brazo, doblado, albergaba una servilleta. Así atravesó el salón, blanco de todas las miradas inmóviles. Se inclinó ante el Emperador con una sonrisa, lo sirvió, retiró luego la copa mediada, y otra vez, imperturbable, desanduvo el salón, que parecía estar poblado de fantasmas.

¿Y aquella escena de 1809, la Corte reunida, las miradas ansiosas, aguzándose los oídos en un supremo esfuerzo para captar las palabras que se dirán en voz baja? No permitió esa voz, la cólera terrible de Napoleón. Los gritos perforaron puertas y colgaduras. —"Sois un ladrón, un cobarde. Un hombre sin fe. No creéis en Dios. Habéis faltado toda la vida a vuestros deberes. Habéis engañado, traicionado a todo el mundo. Para vos no hay nada sagrado. Venderíais a vuestro padre."

No cambió el color de Talleyrand, que ya era, en esa época, un amarillento pergamino. Sostuvo la mirada llamante. Trastornó a Napoleón la calma cínica. Lo golpeó, entonces, con estas palabras brutales: —"No me habéis dicho que el Duque de San Carlos es el amante de vuestra mujer."

Un insignificante silencio flotó un segundo, y sobre él, se alzó la inesperada respuesta del insultado. El mismo Napoleón no lo creyó capaz de dominarse. Es la mejor prueba de que no había alcanzado a conocerlo. —"En efecto, Sire, no había pensado que ese informe pudiera interesar la gloria de Vuestra Majestad... y la mía..."

Ya en la puerta, y bajando la voz, esta frase, que ha tenido alas más ligeras que la otra: —"¡Qué lástima que un hombre tan grande sea tan mal educado!"

De las anécdotas, lo que la posteridad debe sacar, es un mayor conocimiento del personaje en juego. Esta que hemos narrado es perfectamente auténtica. No la niega el propio Talleyrand en sus Memorias, aunque la atenúa. Pe-

ro nosotros extraeremos un mayor caudal, del final de la historia. Por la noche, una de las amigas de Talleyrand, la hermosa vizcondesa de Laval, reprochó al Ministro su calma inexplicable. —“Yo le hubiera tirado una silla al insolente.” Sí; él también había pensado en hacerlo. —“Pero, soy demasiado perezoso para ello.”

Pereza, inercia, apatía, despreocupación, todo eso puede caber dentro de los *sacrificios* necesarios, para acumular, *honradamente*, y en dos años, una fortuna de 50 millones.

* * *

Siempre ha sido París ciudad pronta a levantar la popularidad de un hombre, afortunado hasta pensar en voz alta una frase ingeniosa. La leyenda pretende que una de las jaulas de hierro con que Luis XI obsequiaba a sus cortesanos, fué armada ante la negativa del noble que no quiso ceder al monarca la paternidad de una de ellas. Talleyrand era uno de los hombres que conocía más a fondo la historia de Europa. No tenía veinte años, y había disecado el carácter de París. Sabía, pues, el valor de las palabras. Con una de ellas, comenzó su fortuna.

Ya era abate, pero sin destino. Terminaba Luis XV su reinado galante. En la tibieza de un crepúsculo, en la toilette de la Dubarry, a la que asistían siempre varios íntimos, el abate mundano, interrogado por la favorita: —“¡Ay, señora! Yo me hacía en este momento una reflexión bien triste...” Inquieta dulcemente, un levantamiento de cejas de la hermosa. “...Que París es una ciudad en la que es más fácil conseguir mujeres, que abadías...”

Apreció Luis XV la frase, y M. de Talleyrand tuvo su abadía soñada.

Se puso, entonces, de moda, atribuir al joven abate de Périgord, las más finas y sutiles respuestas, las palabras aceradas, lo más aligero del ingenio francés del momento. Sonreía él modestamente, ante una frase que se decía suya, y cuya espiritualidad le parecía digna de serlo. Si en algún

momento hubiera abandonado su tortuosidad natural, pudo escribir algún pequeño volumen intitulado: “Lo que no he dicho, y lo que no he pensado”. No lo escribió. Lo que dejó, con su gruesa y desigual caligrafía, es esta frase, que extractamos de sus sospechosas Memorias: —“Yo quiero que durante siglos se continúe discutiendo sobre lo que he sido, lo que he pensado, y lo que he querido.” Para conseguirlo, no dejó Talleyrand, a pesar de sus Memorias, una honrada autobiografía. Prefirió colmar sus ocios de Valençay, refinando merinos a menos de 300 kilómetros de París, o poniendo orden en la sala en que un antepasado del rey español se pasó la vida fabricando trampas para cazar lobos...

* * *

No tenía treinta y cinco años y era Obispo de Autun. Luis XVI lo había nombrado, con anterioridad, abate de Saint Denis. Por ese tiempo, era amante de Mme. de Stael, de la duquesa de Luynes, de la vizcondesa de Laval y de Mme. de Flahaut. De la última, que era muy tonta, decía “que lo dejaba descansar del talento de la primera”.

Era ya uno de los primeros hombres de Francia. Había alcanzado todas las dignidades. ¿Era posible que alimentara algún secreto deseo? Sí. Anhelaba la consagración de su talento, pero una consagración indiscutida. La tuvo también. Voltaire, de ochenta y cuatro años, la puso sobre su cabeza, con sus manos sarmentosas y augustas.

Ya había crecido Talleyrand como para que empezara a apreciarse su verdadera estatura. Tenía ya el derecho de dirigir su brújula interior. Empezaría temprano a despreciar la opinión pública, arrojándose contra la corriente, y sintiendo contra su pecho de luchador, el oleaje voluptuoso de la impopularidad. Se lo decía, muy viejo ya, a Lamartine, en una notable carta política: “Conocí a Mirabeau. Un gran hombre. Pero sin el coraje de ser impopular. Yo soy

más grande. He librado mi nombre a todas las interpretaciones y a todos los ultrajes de la muchedumbre”.

* * *

Cuando aún vestía su ropa de religioso, Talleyrand vivía rodeado por las más hermosas mujeres de Francia. Un día, previendo la caída del clero, puso oportunamente en manos del rey, su dimisión de obispo. Recibió de Roma el regalo de la excomunión. Por ese regalo, pudo fundar un hogar, al principio del Consulado. Mme. Grand ocupó oficialmente su tálamo. Lo más notable, observa un escritor vienés, fué la desesperación del ayuda de cámara de Don Juan: “¡Quién hubiera podido creer que íbamos a hacer una estupidez tan grande, nosotros, que teníamos las más hermosas damas de la Corte!” Por ese plural, ese ayuda de cámara, ha encontrado la manera de no morir.

Entre esas damas “que habíamos tenido”, figura la condesa de Brionne, sus dos hijas, su nuera, y reforzando ese harem familiar, la marquesa de Montesson.

De una de ellas tuvo Talleyrand un hijo célebre, el gran pintor del Romanticismo que fué Delacroix. De otra, un hijo famoso. La fama del general Flahaut consiste en haber permitido a Hortensia de Beauharnais, el triste honor de ser la madre del duque de Morny.

Esta inclinación a la Mujer, la conservó toda la vida. Era ya muy anciano. Thiers lo visitaba a menudo. Sabía que era una fuente preciosa, de donde podía manar, para él, que recién llegaba, la linfa oculta del arte de la política. Muy a menudo salía defraudado. Talleyrand desviaba la conversación hacia los senderos galantes. Era curiosa la escena, repetida, de ese anciano esforzándose en mantener a un joven en el rol obligado de confidente. Ya Thiers sabía de memoria que Mme. Stael había desequilibrado el sistema nervioso del abate, con un sentimentalismo morboso. Una vez le dijo: “Era digna de que se la amara. El que la había conocido, — y recalcaba con un guiño el sentido

bíblico de la palabra — podía gloriarse de haber sentido la felicidad de haber amado a un animal.”

Conservó hasta el fin sus amistades femeninas. Disponía, en el umbral de los ochenta años, de un báculo milagroso: la duquesa de Courlande.

¿Donde buscar el secreto de sus éxitos femeninos? No en su físico, ya que no lo realizaba su pie defectuoso, y su bastón, manejado hábilmente, no alcanzaba a hacer desaparecer su defecto. Por otra parte, “su tinte era amarillento”, según el Conde de Molé. “Sus carnes muertas y pendientes; su mirada arrogante, pero sus ojos extinguidos; su boca expresa el desdén y la saciedad; cuando avanza sobre sus piernas, ligeramente deformes, se cree ver en él, uno de esos monstruos de la fábula, mitad hombre, mitad serpiente”. Este retrato, nada halagueño de un contemporáneo, no nos aclara mucho, en verdad, su éxito con la Mujer.

El secreto, para nosotros, debe buscarse en su espíritu. Talleyrand fascinaba. A ese encanto misterioso cedió alguna vez Napoleón. El hijo de Leticia, no lo tenía. Y ese encanto de Talleyrand, venía desde muy lejos. Era su cultura adquirida. Pero era también, y sobre todo, su exquisita cultura heredada. La del antiguo régimen. La que aventaba Sansón, cuando Saturno sentía hambre.

Franz Blei dice de Talleyrand: “Había en él, algo del gran señor, de la mujer, del abate, y del gato.” Primaba, pensamos nosotros, su cualidad de gran señor. Con ella supo engañar a todas las almas que se le acercaron, confiadas, y traicionar a todos los poderes a los que prestó juramento.

Fué infiel a su dogma. A la esperanza de Luis XVI. A la confianza del Directorio. A la generosidad del Primer Cónsul. A la magnificencia del Emperador. A la tolerancia de Luis XVIII. Empujó a la báscula al último Capeto. Y no detuvo, y pudo hacerlo, el impulso que arrasó a Bonaparte a las llanuras gallegas, y a la inmensa sárbana del Este, que lo esperaba, extendida ya, como un sudario para la juventud y la veteranía del gran Ejército.

Y como este príncipe de la felonía consideraba legítimo todo cambio de frente, vivió en estado de traición permanente, sin sentir nunca la sensación molesta de haber dejado de ser un hombre honrado.

Pero este bribón genial, redimió su traición: *salvó* en el Congreso de Viena, *la Francia Eterna*. Este es su título para nosotros. Por él, la posteridad olvidará tal vez, alguna de sus sinuosidades.

* * *

Ya moribundo, lo visitó el rey de Francia. Pocas palabras. Un agradecimiento cortesano al monarca, por ese honor de haber venido a Valençay, por el que será un testigo de su agonía. Gentihombre hasta el fin, presentó al rey su médico, el famoso doctor Cruveilhier. Se acentuaba su palidez, cuando algún movimiento irradiaba la garra acantonada en su enorme éscara de la espalda. Cerca del final, confesó al rey: "Sufro los dolores de un condenado". Y Luis Felipe, inteligente, atrapando la palabra: "¿Ya?..."

Y esa fué su sobria y elegante oración laica.

Luis Bonavita

EDUCACION

SOBRE LOS METODOS DE ENSEÑANZA

Introducción.

En mis artículos anteriores me propuse mostrar que el fin inmediato de la enseñanza en su aspecto intelectual — y a despecho de ciertas teorías extraviadas o mal interpretadas — es hacer que el alumno adquiera y organice un acervo de conocimientos seleccionados.

He dedicado a esta tarea tres artículos sucesivos y, si ahondara en el asunto como merece, la afirmación anterior — que parece debiera ser aceptada por todos como valor entendido — daría quizá para llenar con letra menuda un grueso volumen. Tan cierto es aquello que decía Vaz Ferreira no recuerdo dónde: para deshacer la red enmarañada de error o confusión que se origina, a veces por una sola frase, sería muchas veces, necesario escribir veinte libros.

Pero yo no me he propuesto semejante tarea. Como dije al iniciar estos artículos, sólo pretendo pasar en revista, con relativa brevedad, las ideas que asoman con más frecuencia en nuestro medio docente cuando se trata de concretar el alcance que debiera darse — en una posible reforma — a nuestra enseñanza media.

Por eso en estas líneas, y en otras que escribiré sobre el mismo tema, permutaré el *qué* por el *cómo*. Después de sostener que debe proporcionarse un acervo de conocimientos es necesario mostrar cómo esos conocimientos podrían

adquirirse. Y caemos aquí frente a un conjunto amplio de ideas docentes en algunas de las cuales debo detenerme. Y esa detención ha de ser mayor especialmente en aquellas ideas que, como la iniciativa del alumno, la enseñanza directa, el aprovechamiento del interés, etc., caracterizan esa orientación que suele denominarse en general *enseñanza activa* y a veces — más pretensiosamente — *enseñanza nueva*.

La iniciativa del alumno.

De todas las ideas pedagógicas que actualmente circulan es tal vez ésta — que preconiza la iniciativa del educando, el esfuerzo personal para la adquisición de los conocimientos — la que menos se discute. Concretándola, se le podría expresar en pocas palabras: *el alumno debe descubrir las verdades por sí mismo*.

Inmediatamente uno se pregunta: ¿qué significado concreto y qué alcance se le debe dar a esta fórmula? Preguntas que sólo podrán contestarse teniendo en cuenta estas otras: ¿por qué razón se le preconiza? ¿qué finalidad se persigue con ella?

Si se quieren evitar confusiones inútiles hay, antes que nada, una cuestión que debe aclararse: el significado del término descubrimiento. No es difícil hacerlo y es muy conveniente.

La palabra descubrimiento tiene, en primer lugar, un sentido objetivo, el más corriente: encontrar una verdad ignorada por todos. En segundo lugar tiene un sentido subjetivo, el más amplio: encontrar una verdad ignorada por el descubridor aun cuando ella sea del conocimiento común.

Para interpretar la fórmula anterior hay que descartar, naturalmente, el significado objetivo de la palabra: no se podría suponer que se pretenda convertir al liceo en un vivero de descubridores capaces de aportar a la ciencia, a la filosofía o a las artes, conocimientos nuevos; por lo menos conocimientos de valor.

La expresión descubrir debe, pues, tomarse en sentido

subjetivo: el alumno debe alcanzar por sí mismo, por operaciones de su propia inteligencia el saber corriente. Naturalmente, no se descarta la posibilidad de que el estudiante adquiriera algunos modestos conocimientos originales — especialmente de orden práctico — ni la de que el hábito formado por el ejercicio, cayendo en terreno fértil, contribuya a hacer de algún discípulo un futuro descubridor. Como método general en sentido objetivo, no se trataría de verdaderos descubrimientos; serían únicamente *redescubrimientos*.

Reducido a estos términos el problema se plantea, casi exclusivamente, del lado subjetivo. En ese caso: ¿qué valor tiene la norma que obligaría al educando a descubrir sus verdades?

Una fórmula verdadera por lo que afirma y falsa por lo que niega.

Cuando se sostiene que el alumno debe descubrir sus verdades no se piensa, seguramente, en que la verdad descubierta por uno mismo tenga alguna virtud intrínseca que le falte a la recibida de otros, ya que ni es *más verdadera*, ni lógicamente más fecunda, ni creo que encierre virtudes místicas que le den un carácter especial.

Si esa verdad posee un valor más alto habrá que buscarlo en sus consecuencias prácticas.

Lo mismo podría decirse respecto al proceso psíquico (1) del descubrimiento o la invención frente al de recepción del conocimiento comunicado.

Y es, en efecto, en una base práctica donde la norma busca apoyo: la verdad que se alcanza por el propio esfuerzo, se dice, es *fermental*, estimulante, *viva* en oposición con la verdad que se recibe que es *verdad hecha*, pasiva, estéril: *cosa muerta*.

(1) Esto suponiendo la realidad de tales procesos o vivencias como algo más — y distinto — que el mero aparecer de lo conocido.

Y hay aquí algo de cierto; pero hay solamente una verdad a medias. Como dice Spencer de ciertas teorías — y como ocurre con todas las *falsas oposiciones* de las cuales esta es una muestra — estamos ante una fórmula verdadera por lo que afirma y falsa por lo que niega.

Es realmente cierto que el espíritu, al descubrir, vive su verdad como el artista genuino su obra. No es un mero espectador que la contempla fríamente. Es el creador que observa con embeleso lo creado, que tiene en su obra una fuente de particulares satisfacciones, y que cuando le falta sensibilidad crítica la admira y encumbra por humilde y contrahecha que sea.

Justamente en estas satisfacciones reside su virtud estimulante; su calidad *fermental*: provoca nuevas tentativas para procurarse nuevos goces. Obra la ley universal del interés, y se alcanzan así otros conocimientos y se crean hábitos de observación y de reflexión.

Todo esto es verdad y por ello la idea de fomentar la inventiva del alumno es algo incorporado definitivamente en la pedagogía racional — o razonable — y es inútil buscar nuevos argumentos en su favor.

Pero esta idea, como todas las que ya he pasado en revista, como las que habré de considerar más tarde, como todas las que han aparecido en la pedagogía tenía, fatalmente, que ser exagerada, que ser unilateralizada, que ser deformada hasta el absurdo por la mente absurda de los pedagogos sistematizadores. La posibilidad de dar al alumno conocimientos hechos pasa a la categoría de cosa prohibida: “las verdades hechas son cosa muerta”; el método ha de aplicarse de un modo exclusivo: “el alumno debe descubrirlo todo; no debe enseñársele nada”.

Y esto es ir demasiado lejos. Los conocimientos que se adquieren ya hechos pueden tener vida. Todo es vivo cuando en ello se pone vida. Se vive lo ajeno como lo propio. Sin ser el artista que la ha creado se siente la obra de arte; en ello actúa el temperamento o la sensibilidad estética que

no es sólo patrimonio del creador. Y lo mismo sucede en el orden intelectual.

¿Qué profesor no tiene experiencia del interés, la inquietud — hasta la conmoción — que ciertas enseñanzas provocan en sus discípulos? Ellas, ¿no aparecen con frecuencia, como la revelación de nuevos mundos? ¿No llegan, a veces, a producir algo como una renovación espiritual?

Esas verdades, para los alumnos, no son ni frías, ni estériles, ni muertas; sino candentes y vivas. Tal vez más vivas y candentes que sus propios descubrimientos, siempre demasiado modestos.

Todo lo que interesa adquiere vida y transcendencia. *El interés de saber* es un hecho que muestra de un modo indiscutible la experiencia diaria. Saber por saber o saber utilitario — que nada importa para esto su destino ulterior — ese interés se satisface tanto por medio de la verdad descubierta como por medio de la verdad revelada. Son dos caminos — ora paralelos, ora entrecruzados — que conducen a la meta.

El profesor debe saber elegir, en cada caso, el más conveniente.

Si se analiza desde un punto de vista psicológico la fórmula indicada más arriba, se advierte que su exclusivismo se apoya en un mal entendido; en un estrechamiento del concepto de *recepción cognitiva*. Parece verse en toda aprehensión de conocimientos una recepción pasiva, y esto no es legítimo.

En la recepción el espíritu puede permanecer pasivo o desarrollar una actividad extensa y viva.

No es lo mismo aprehender una verdad limitándose a registrarla, que comprendiéndola o tratando de comprenderla.

Comprender — y sobre todo comprender bien, porque hay muchos grados de comprensión — es observar, comparar, relacionar, implicar e inferir; es mover — y conmo-

ver — todo el sistema de la inteligencia y como acompañamiento *infaltable* los estratos emocionales de lo espiritual, de lo impulsivo y, quizá, de lo inconsciente. Es tan actividad mental como lo es el descubrir.

Cuando se comparan de un modo desapasionado los procedimientos docentes de que vengo hablando — proporcionar al alumno conocimientos hechos y hacer que éste los descubra por su cuenta — se advierte que ambos llegan sensiblemente a los mismos resultados, con respecto al fin educativo que se proponen. Existirán, en todo caso, pequeñas diferencias que al cabo se compensan. Así, por ejemplo: para igual valor del conocimiento adquirido el descubrimiento directo produce quizá más satisfacción (1) lo cual, como ya dije, es estimulante y productivo. En cambio, el conocimiento transmitido resulta preferible cuando se tiene en cuenta la cantidad de verdades que pueden obtenerse con el mismo esfuerzo y la importancia de éstas, ya que lo *descubierto* por el alumno no sólo tiene, por lo general, poco valor como conocimiento en sí, sino que la mayor parte de las veces es falso, lo cual puede engendrar en el estudiante — cuando se utiliza el *descubrimiento* como método exclusivo para alcanzar la verdad — un amargo escepticismo y una falta de confianza en su propio esfuerzo que no constituyen ciertamente factores de éxito.

Por otra parte, cada sujeto tiene una capacidad inventiva y una capacidad intelectual determinadas. La relación entre una y otra varía según los individuos, y lo que para unos alumnos constituye el mejor sistema docente puede no constituirlo para otros. Hacer que los estudiantes lo descubran todo por sí mismos — aún cuando su capacidad para descubrir sea muy limitada — es evidentemente poco reco-

(1) Esta satisfacción proviene, generalmente, de la confianza en la propia capacidad.

mendable. Tan poco recomendable como el aplicar con carácter exclusivo el método que consiste en enseñarlo todo, en darlo todo hecho.

El descubrir todo por sí mismo le daría al hombre una cultura muy deficiente.

La crítica de este método docente puede aún formularse desde otro punto de vista.

Para que el saber — ya sea desinteresado o utilitario — alcance cumplidamente sus fines, debe adquirir una extensión y una unidad relativamente grandes. Un conocimiento fragmentario de verdades o hechos, inconexo y reducido — mucho más inconexo y reducido que el saber *socializado*, que ya es de por sí bastante incompleto — no satisface el deseo de saber ni es una garantía segura de éxito en la vida. La actividad individual aislada ¿podría proporcionar al hombre un acervo de conocimientos coordinados y completos?

Cuando se piensa en el conjunto extraordinario de verdades o hechos que se consideran actualmente como verídicos o como probables, verdades o hechos cuyo estudio llena enormes bibliotecas, a pesar de lo cual se tachan esos conocimientos de incompletos y se les otorga un valor deficiente como instrumentos de adaptación a nuestro mundo; cuando se piensa que ese conjunto se ha formado por la labor paciente y continua de millones de investigadores que los han ido acumulando en millares de años, se imagina fácilmente la exigüidad de las adquisiciones que podría realizar un hombre aislado por bien dotado que fuere y por larga que fuera su existencia.

Y piénsese ahora en un joven educando y en la brevedad de su ciclo de estudios; supóngasele tratando de adquirir por su propia cuenta una serie de verdades que muchas veces no sólo son difíciles de descubrir sino aún de entender cuando se transmiten en la enseñanza. ¿Cual será el

resultado de esta enorme tarea? Una indigencia cultural completa; una inadaptación mortal.

Podrá parecer que estas conclusiones son exageradas y que nadie piensa en aplicar aquel principio docente de un modo tan absoluto; pero eso es otra historia. Yo estudio las consecuencias a que conduciría la fórmula "el alumno debe descubrirlo todo, nada debe serle enseñado" si realmente se aplicase. Y esas consecuencias serían fatales. El hombre, abandonado a sus propias fuerzas es incapaz de formarse una cultura de mediano valor; no es, siquiera, capaz de descubrir las normas más simples para adaptarse de un modo discreto al medio en que actúa.

Cuando se exige que para ser culto el hombre descubra todo por sí mismo, se niega categóricamente el valor de la experiencia social para el individuo. Si los resultados de aquélla, acumulados en el saber actual, han de permanecer ignorados por el sujeto desde el momento que no se le enseñan, ¿para que servirían entonces? Si cada uno debe descubrir las verdades por sí mismo, el saber socializado no podría ser la base de la cultura individual. Sería, en todo caso, un patrón de medida, que permanecería guardado en las bibliotecas y los archivos a la espera ilusoria de que alguien alcanzase, por su propio esfuerzo, un saber capaz de sobrepasarlo.

Pero esa ilusión sería vana y sólo podría mantenerse olvidando las condiciones — bien conocidas — en que social y psicológicamente se realiza el proceso de adquisición de las verdades. La ciencia, la filosofía, el arte, no se crearon como el mundo para la Biblia: de la nada, en una semana y por la obra de un solo espíritu; se van formando mediante un proceso lento de cooperación en que cada verdad sólo consigue avanzar algunos pasos con respecto de la que la precede; en que cada descubrimiento de un investigador se apoya sobre una pirámide de conocimientos con-

quistados por otros; proceso en que muchas veces han sido necesarios largos años de espera para acumular pacientemente la información en que casi siempre se fundan las teorías; proceso que algunas veces se acelera por un descubrimiento fortuito o por el estudio de un fenómeno que sólo pudo realizarse después de perseguirlo por decenas de años; proceso que comprende análisis profundos y vastas síntesis, que no es sólo de avance continuo sino de rectificaciones, de impases, de vueltas al punto de partida; proceso cuyos momentos eficientes y decisivos no se dan, generalmente en la mentalidad vulgar, en el hombre de la calle, que sólo registra y conserva algunas verdades, sino en espíritus selectos, excepcionalmente preparados y orientados hacia un orden determinado de cosas; que algunas veces exige el genio de Aristóteles, de Bacon, de Newton, de Einstein.

Sería irrisorio esperar que una obra de esa magnitud y edificada en condiciones tan difíciles pudiera ser reconstruída por la débil mentalidad de un principiante aún cuando a este principiante lo guiase el más capacitado de los profesores. No hay en el mundo muchos Pascals capaces de reconstruir por sí solos la Geometría de Euclides. Y aún cuando los hubiera, los métodos pedagógicos se establecen para educar a los hombres corrientes, no a los genios.

Por otra parte los genios mismos afirman siempre sus creaciones grandiosas en verdades que otros han descubierto.

Aristóteles, que era un genio, hubiera sido absolutamente incapaz de idear la telegrafía sin hilos inventada por Marconi, que está bastante lejos de ser un genio. Para llegar a este descubrimiento fué preciso que se escalonasen una serie de descubrimientos anteriores que en tiempos de Aristóteles, no hubieran podido imaginarse siquiera.

Ningún conocimiento sale de la nada; se afirma siempre en supuestos anteriores, y éstos — en su casi totalidad — deben ser enseñados; nadie es capaz de descubrirlos por sí solo desde sus orígenes.

Recuerdo una idea de Keyserling apropiada al caso:

para decir o hacer algo nuevo hay que conocer previamente lo que ahora existe. Por eso en las esferas que rigen el progreso nadie ha realizado nada sin haber aprendido antes.

Y estas palabras irónicas de Ortega y Gasset, que ya cité una vez: "Ahora bien: esa cultura o se recibe o se inventa. El que tenga arrestos para comprometerse a inventarla él solo, a hacer por sí lo que han hecho treinta siglos de humanidad es el único que tendrá derecho a negar la necesidad de que la Universidad se encargue ante todo de enseñar la cultura. Por desgracia, ese único ser que podría con fundamento oponerse a mi tesis sería... un demente".

La influencia pedagógica del medio ambiente.

La aplicación exclusiva del principio docente que obliga al alumno a descubrir las verdades por sí mismo, sería de consecuencias fatales para la civilización. Olvidando torpemente sus tradiciones la humanidad volvería a corto plazo a la barbarie primitiva, "y por las amplias praderas del mundo galoparían otra vez los caballos salvajes".

Esta conclusión podrá parecer exagerada, y aún totalmente falsa, frente a los ejemplos — que se nos presentan diariamente — de individuos faltos de educación, y hasta analfabetos, que llegan a comprender claramente el medio en que actúan y descubren las normas de una mediana adaptación a él. Pero no es así y quien invoque este hecho en favor del principio educativo que analizo, será víctima de una ilusión.

Desde luego — como ya lo dije — debe entenderse que me coloco en la hipótesis de una aplicación exclusiva de aquel principio. Aún cuando más adelante pienso tratarlo en la forma atemperada que se le da frecuentemente, conviene — para la claridad del análisis — estudiarlo primero en su aspecto sistemático.

La ilusión se produce entonces, porque se olvida un hecho innegable: la influencia que en la formación cultural del individuo ejerce el medio ambiente.

El sistema educador no se concentra sólo en la escuela primaria o en el liceo, ni la tarea docente corresponde exclusivamente al maestro en su función de tal. El medio difuso y el educador anónimo ejercen también una acción muy importante. Es precisamente esta comunicación social, que provee al hombre de la información y de las ideas hechas con que organiza sus conceptos del mundo, y establece el sistema que regula su comportamiento en él. Podrán aquellos conceptos y este sistema ser originales y novedosos, pero lo sean o no, se formaron, en su origen, partiendo de verdades socializadas y de hechos que son del conocimiento vulgar. Por eso en los medios cultos los hombres del pueblo, aún cuando hayan recibido una educación sistemática escasa, se hallan a un nivel intelectual más elevado que en los ambientes incultos, donde la tarea educadora del medio es — por su propia incapacidad — harto deficiente.

Llegando a este punto se me ocurre que quizá podría hacerse, frente a lo que dije en las páginas anteriores, una observación no desprovista de fundamento: parece inútil enunciar las razones que hacen rechazar la idea del *descubrimiento* como una norma pedagógica exclusiva. Esa norma se rechaza a sí misma apenas se pretenda ponerla en práctica al pie de la letra. En efecto: sostener que el alumno debe descubrirlo todo, que no debe enseñársele nada, equivale a sostener que no debe dársele educación, que debe dejársele que se eduque por sí solo. Justamente lo que ocurre con el hombre de la calle. Y he aquí que bajo la apariencia de un problema de normas pedagógicas se plantearía en realidad una cuestión muy diferente: saber si debe o no darse educación; es decir, si deben o no existir los institutos de cultura.

Y estoy seguro de que no es ese problema el que quieren plantear los defensores del principio en discusión. Nadie podría admitir en todo su alcance una norma do-

cente cuya consecuencia paradójal sería esta: el medio más eficaz para educar consiste en no educar; norma que interpretada en todo su contenido conduciría a la desaparición de los centros culturales.

Es que esta idea del *descubrimiento*, que con tanta frecuencia invocan nuestros pedagogos, no puede aceptarse razonablemente como principio docente sin hacerle una seria restricción: *la iniciativa o la inventiva del alumno debe ser dirigida por el maestro.*

La iniciativa dirigida

Cuando el profesor guía al alumno siguiéndolo de cerca en su tarea investigadora, se obtienen resultados excelentes. Por eso la iniciativa dirigida parece ser, en la actualidad, un método de enseñanza definitivamente incorporado a la pedagogía racional.

Pero lo que quiero hacer notar aquí — de acuerdo con la idea fundamental que inspira esta serie de artículos — es que en estas condiciones el método no reemplaza — ni menos excluye — al suministro directo de conocimientos o verdades *hechas* sino que, por lo contrario, lo implica y lo introduce subrepticamente bajo la idea de *dirección*.

En efecto: como ya lo dije, la producción de lo *nuevo* descansa siempre en el conocimiento de lo *viejo* y esto último se adquiere por tradición (1) ya que no puede esperarse que cada uno reconstruya, por sí mismo, el saber desde sus orígenes. Si se pretende que un alumno, *descubra* por sí mismo alguna verdad importante, habrá que enseñarle antes aquellas verdades que sirven de fundamento a esta última. En otras palabras: todo conocimiento nuevo es el resultado de una inferencia inductiva o deductiva, de una comparación, de una combinación, de un análisis, etc. Para que se realice cualquiera de estos procesos será menester que

estén dados de antemano las premisas, los términos, los elementos, el compuesto, etc. que hacen el proceso posible. Y esos conceptos previos se reciben hechos; se adquieren casi siempre directamente.

El profesor que guía al alumno en su tarea investigadora debe *enseñarle continuamente verdades nuevas* que éste incorpora a su pensamiento. La dirección educadora no tiene, en definitiva, otra misión que la de suministrar al alumno un conjunto de conocimientos elegidos con determinada finalidad y seleccionados valorativamente.

Pese a las afirmaciones, siempre demasiado vagas, de algunos pedagogos nuestros que consideran la *dirección* docente como algo distinto de la *enseñanza* misma, dirigir es siempre enseñar. Y se enseña aún cuando la dirección se restrinja deliberadamente al mínimo; aún cuando el maestro se limite a ejercer un simple contralor de la elección de los temas y haga al alumno las observaciones más lacónicas que quiera sobre la validez de los resultados. Sólo no enseñaría quien permaneciese mudo e indiferente ante la tarea del alumno; pero en ese caso tampoco dirigiría la labor educadora. En el terreno espiritual, sobre todo en el intelectual, dirigir, conducir, orientar o es *enseñar* o no es nada.

Comprender e inventar son, fundamentalmente, la misma operación mental.

En lo que antecede he tratado por un lado de comparar la eficacia de dos métodos pedagógicos: *recepción de verdades y descubrimiento de las mismas*; por otro, de mostrar la correlación psicológica que entre esos métodos existe. Pero tanto para una tarea como para la otra he admitido — sin discutirlo — que esos dos procedimientos docentes son, en realidad, distintos entre sí. ¿Es esto rigurosamente cierto en cualquier sentido?

Recepción y descubrimiento son, de un modo indiscutible, dos procedimientos pedagógicos distintos; pero esos dos procedimientos conducen a un proceso psicológico único:

(1) Tradición se toma aquí en su acepción jurídica, que es la más amplia y que corresponde al sentido etimológico del término.

comprender e inventar, ya lo dije antes, constituyen fundamentalmente la misma operación mental.

Comprender una verdad es captar sus relaciones con otras verdades conocidas; es encontrarla, descubrirla por uno mismo a partir de datos preexistentes y constatar luego que lo obtenido, lo *descubierto*, coincide con la información recibida. En esta información las relaciones están sólo aludidas y no presentes en su ser. Quien quiera entender ha de descubrirlas por sí mismo; quien sea incapaz de descubrirlas no podrá entender.

Comprendo la solución de un problema matemático cuando la encuentro, no cuando me la dicen. Entiendo la verdad de un razonamiento del que se me han dado las premisas y la conclusión, cuando partiendo de esas premisas hallo la misma conclusión. Entiendo una analogía, una metáfora, cuando puedo efectuar en mi mente la misma comparación que hizo su creador y captar una relación idéntica; cuando se reproduce en mí el proceso que se produjo en él; proceso de creación, de descubrimiento.

Y esta idea es tan clara que en el mismo lenguaje corriente, en el lenguaje que dicta el sentido común cuando no se pierde entre los significados subjetivo y objetivo del término descubrimiento, se advierte la identidad de ambos conceptos. Así, se habla de *comprender* una situación, un designio, el alcance de una teoría, el significado de un término, aludiendo a la operación que consiste en *descubrir* las verdades por nosotros mismos; la operación que se realiza sin que nadie nos revele de antemano el alcance o el sentido de esas verdades.

Descubrimiento y comprensión constituyen pues, lo repito, el mismo proceso psicológico. Sólo difieren entre sí por una referencia posterior: en el primer caso debe uno referirse al conocimiento hallado como tal, como generado por un acto de descubrimiento; en el segundo se refiere al conocimiento comunicado, que en un proceso mental legítimo coincide siempre con el que acaba de descubrirse.

Si como proceso psíquico descubrir y comprender son idénticos entre sí ¿podrá uno de esos procesos ser más eficaz que el otro para la formación cultural del individuo?

Y llegamos nuevamente — esta vez por una consideración de orden psicológico — a la conclusión en que fuimos a dar como consecuencia de los razonamientos anteriores.

Trasmitir al alumno conocimientos totalmente formados para que éste reflexione sobre ellos y los comprenda, o darle algunos fundamentales para que el educando descubra los restantes por sí mismo, son dos métodos docentes que se equivalen en sus resultados; métodos legítimos y eficaces que pueden emplearse simultáneamente o alternarse entre ellos según lo aconseje la práctica.

Ambos tienden a promover la actividad reflexiva del espíritu: en algunas circunstancias esta actividad se promueve más eficazmente estimulando la verificación que el hallazgo; en otras el descubrimiento de la verdad por el alumno es más eficaz que su verificación.

Para crear hábitos que le permitan al hombre una mejor adaptación a la vida, los dos procedimientos son igualmente necesarios: la realidad ambiente, de necesaria convivencia social, hace tan importante para el individuo la comprensión del pensamiento ajeno como la elaboración de sus ideas propias o de sus pensamientos personales.

La idea del descubrimiento ¿no encerrará en el fondo un concepto de origen místico?

Como dije anteriormente una verdad descubierta no tiene para mí, ni para quienes se hallen libres de influencias sectarias, más valor intrínseco que una verdad recibida: no es más verdadera, ni lógicamente más fecunda, ni encierra una virtud mística que la haga superior a esta última.

Existen, sin embargo, ciertas concepciones, situadas entre lo moral y lo religioso, que parecen asignar un valor casi místico no sólo a la verdad descubierta sino, además,

al trabajo o al esfuerzo que se ha realizado para descubrirla. Y si bien estas concepciones planean demasiado alto y se encuentran situadas en esferas poco positivas han llegado, directa o indirectamente, a ejercer influencia — unas veces manifiesta, otras oculta — en el terreno pedagógico donde a veces percibimos sus reflejos inesperados y desconcertantes.

Entre estas concepciones, la que a mi juicio ha ejercido una influencia mayor, es aquella que tiende a asignarle un cierto valor intrínseco a la actividad inventiva *como tal* y en general a todo el trabajo humano; idea esta última que informa el concepto de *valor* en ciertas teorías modernas de Economía Política.

Parecería que algunos pedagogos estuviesen inspirados por el viejo humanismo iluminado de Lessing que no se limitaba a afirmar la índole totalmente subjetiva y personal de nuestra verdad sino que, despojando tácitamente a la verdad de todo valor, centraba exclusivamente éste en el *trabajo de descubrirla* porque: “más vale la cacería que la pieza” o “si Dios tuviese en su mano derecha la verdad y en la izquierda la sola aspiración... hacia ella y me dijera: ¡escoge! me arrojaría sobre su mano izquierda...”. Parecería que, como Lessing, identifican el valor del hombre con el valor de su trabajo en pro de la verdad, porque “el valor del hombre no está en la verdad que posee sino en el trabajo a que sinceramente se entrega para descubrir esta verdad”.

Son, tal vez, ideas de esta índole en que se interfieren conceptos místicos, como el del valor del esfuerzo, con conceptos morales, como el valor de la sinceridad, las que inspiraron un artículo escrito hace algún tiempo por un ex-profesor de filosofía de nuestro instituto secundario, que preconizaba como método educativo el estímulo de la investigación personal y terminaba diciendo: “que cada uno alcance su verdad o su error”.

Pero, ideas de esta índole, que nacen en el desprecio por el conocimiento verdadero; que conceden una valoración superior a la actividad, aún cuando sea desorientada,

siempre que sea sincera; que son, en cierto modo, la aplicación a la esfera del conocimiento, y quizá del arte, de la idea kantiana de la intención como valor moral ¿pueden considerarse bastante serias como para levantar sobre ellas un sistema docente?

Por lo pronto, si se tratase de proporcionarle al alumno una cultura intelectual o estética efectiva, darían lugar a un método de muy poco rendimiento. Es cierto que los cultores de esa concepción humanista parecen desentenderse de los resultados y tanto da para ellos la verdad como el error; pero entonces ¿qué le concede valor al trabajo cuando éste se dirige a obtener algo sin valor?

Desde el punto de vista ético podía valorarse el esfuerzo como tal, considerado con abstracción de sus fines o, más de acuerdo con el espíritu de esa doctrina, la intención del esfuerzo para alcanzar la verdad independientemente de su éxito; pero creo que difícilmente se le podrá otorgar otra categoría de valor.

Es que en el fondo, la filosofía de Lessing es una vuelta a la idea socrática que pretende hallar la explicación última de todas las cosas en un principio moral. Lo ético determinaría así todos los valores. Pero aún en este terreno habría que preguntarse si la *posesión* misma de la verdad no es a su vez un valor y de más alta jerarquía que su simple búsqueda.

Los cultores de esta concepción humanista parecen restringirla, por ahora, al campo de la filosofía, donde en realidad no se divisan cosas ciertas, ni menos objetivamente comprobables, y en el que fatalmente tenemos que resignarnos a aspirar, a intentar...

Pero aún en esta esfera del conocimiento, el valor del esfuerzo se juzga por el valor de la verdad que se asigna a la obra filosófica: verdad total o de puntos de vista parciales; verdad pragmática, simbólica o absoluta; real o hipotética.

tética; que esto nada importa. Lo que importa es el carácter de verdad — y a veces de esteticidad — con que nos impresiona, y que decide el valor que concedemos a la labor creadora.

Aún fuera de este carácter existen otros efectos que pueden otorgar valor a la actividad creadora; efectos que el mismo Lessing, verdadero padre del humanismo, descubre cuando desciende de su cielo místico a la tierra sólida y positiva; cuando dice: “No es la posesión de la verdad, sino su persecución lo que amplía nuestras facultades... La posesión de la verdad vuelve ocioso, perezoso, ensoberbecido”; cuando, como aquí, aquilata el trabajo por sus resultados:

Sin entrar a la crítica de tal filosofía — cosa fuera de lugar en estos artículos — puede afirmarse que el método pedagógico que de ella se pretende derivar sería completamente inaplicable, porque daría resultados espantosos, en el terreno científico. En lo filosófico y en lo estético haría subordinar y aún reducir la educación a una simple práctica ética sacrificando por completo aquellas dos esferas del conocimiento.

El sentido común, el *buen sentido común* de que nos habla Vaz Ferreira, se rebela necesariamente contra un sistema educativo que en la esfera intelectual admite como resultados equivalentes la verdad y el error y para el cual, en el plano estético, son indistintos la belleza o el adefesio artístico.

Un sistema que haría aceptar conscientemente una posible mutilación de la cultura, que no se rebelaría ante ella, que por lo contrario la podría considerar como algo valioso, no contiene siquiera lo que pretende obtener de los alumnos: un pensamiento moral.

E. Zum Felde

FATUM POETICO

(UN FRAGMENTO)

...Ahora determinar en qué grado dependemos o somos independientes (pensamos o somos pensados, sentimos o somos sentidos), es tarea imposible; *es el gran problema*. ¿Dónde empieza la espontaneidad? ¿Dónde cesa la influencia de lo externo? El destino, ¿es algo impuesto o importa también una elección? ¿Los hombres eligen o aceptan lo que inexorablemente se les impone? Problemas intactos, donde la riqueza de lo singular dificulta la consideración de las diferencias individuales o típicas, sin consentir ninguna generalización. Seres hay, por ejemplo, como Nietzsche, que en cierto sentido tienen vocación elegida, y en otro — más profundo y distinto — se diría son órgano, instrumento de fatalidad. (Problemas oscuros, zonas de lo demoníaco que, al decir de Kierkegaard, deben ser dilucidadas — y no sólo en el terreno del arte, sino también con relación a la ciencia y filosofía. Y bien; Nietzsche, que en sus comienzos se concibe como *personalidad* y juzga su misión como una determinación de su naturaleza, desafía al destino y espera escapar a las tribulaciones de la existencia, seguro de que su voluntad hará que persista inalterable en la integridad individual de su ser. Pero, pasan los años; la vida pasa y pesa; a nuevas experiencias suceden nuevas tribulaciones; la vocación se ahonda y entraña al destino que él encarna en un *exceso de trascendencia*. Ya no podrá ser *más él*; ya no podrá más dejar *de ser él*, — como si su genio no dependiera del destino y como si fuera, al mismo tiempo, órgano del destino. Oscuras fuerzas de su alma se desarrollan, y deja de ser la suya voluntad dirigida. ¿Qué hará entonces, Nietzsche? ¿Podrá volver a su espontaneidad primera, enlazar su forma de hoy a su forma de ayer? ¿Cómo colmar ese abismo? ¿Cómo ser instrumento del destino y tarea — destinado y misivo — sin dejar de ser él, y sin perder la identidad, tener propósito dirigido de domeñarlo? ¿Cómo ser rebelde y sumiso? Y declina Nietzsche su voluntad en el plano de la psiquis, haciendo que allí dilate su imperio el destino y, en un plano más profundo, afirmándose como potencia incógnita,

como misterio actuante y actuado. Distinto, hará inmensa atención a la realidad, y se llenará de cosas "grandes, enigmáticas y pesadas"; hecho historia con ellas — las vivirá y le vivirán — construirá la larga base de su destino con lo real y con lo anímico, con lo reservado, con lo oculto; con lo que ha penetrado en él, con lo que ha emergido de él. La realización y la aspiración existencial — el haber sido y el aspirar a ser — lo fundan y realizan. Situación extrema que le lleva a la entrega y desvío, en un salvaje juego de destrucción, tirando a salvar lo efímero con "fuerza anhelante" y a perder lo imperecedero... Ese contraste que hace la tensión de su obra y que ha generado más de un extravío crítico!.. Ahora, es difícil indicar el punto en que ocurre la anexión de lo escogido y de lo impuesto, declarar si nos hallamos en presencia de una personalidad y de una espontaneidad. Algo parece incidir en él que lo indetermina y define como una forma límite de lo real, como una orilla misteriosa del ser...

Una expresión diferente se nota en Shelley. En Nietzsche, hay siempre un núcleo que resiste, un elemento duro e impenetrable, un a priori anímico (?), que en el gran poeta inglés, no se percibe. Nace y se mueve en lo inasible, dependiendo de fuerzas innominadas, y uno no sabe, en su caso, si puede hablarse de personalidad o si pudo él concebirse, espontáneamente, como personalidad. Apenas se presente, como lejano núcleo de resistencia, la melancólica quejumbre de no *ser él* o de haber dejado *de ser él* — sin identidad, disperso, fantasma de "sombra de una sublime y secreta potencia", destruyéndole o suscitándole otra presencia invisible. Nunca la naturaleza ha pasado tan directamente a la psiquis humana. Como si el espíritu no existiera o fuera su atributo su incoercibilidad, no resistencia y diafanidad... Sentimos admiración y horror. Porque era Shelley una conciencia especular para toda figuración. Su alma no era algo *interior*, sino el lecho *avatar* de los acontecimientos y el sentimiento de su metamorfosis. Y sufría, en su exilio, por no quedarle un poco de espíritu libre para...; y no suspenderse a las cosas ni ser halo de ellas; y no ser más el espejo que huye *veloz* con las imágenes "de las apariencias increadas"...

Luis E. Gil Salguero.

NOTAS

SINTESIS DE LA SITUACION BRASILEIRA

SUS ORIGENES — SU ESTADO — SU FUTURO

En este largo ciclo de ignominia y esclavitud que está atravesando la América del Sur, desde Cuba hasta el Uruguay y desde el Perú hasta el Brasil, ningún país acaso, en el desolado panorama, sufra un drama más hondo que el que gime y lucha bajo la dictadura de Getulio Vargas.

Y porque allí la tiranía se acusa en la presencia brutal de la universalidad de sus formas — opresión política, miseria económica, odios sociales, acción continuada para corromper el espíritu público — es, por eso mismo, la región de América en que está más cercana y es más alta la esperanza.

Pero es que también, para la nueva conciencia justiciera de los americanos de hoy, ningún país del continente ofrece como el Brasil, características tan definidas y antecedentes tan extraordinarios como para hacer de él, el más vasto y propicio campo para el espíritu nuevo con que ha de edificarse entre nosotros la sociedad del porvenir.

De tal modo, que cuando miramos hacia atrás en la historia de esta América, campo de prisión, queriendo encontrar los lejanos impulsos que han determinado esta extendida desgracia que nos es común y avivador los horizontes de esperanza, el Brasil se nos muestra como la primera tierra del continente en donde asoman, como hechos magníficos, las luchas que hoy conmueven al mundo.

Nosotros, los rioplatenses, habituados a juzgar la historia de Sud América a través de nuestras luchas del coloniaje y la emancipación del dominio español, e ignorantes casi en absoluto de la vida del gran país del norte, hemos jalonado su epopeya, a semejanza de la nuestra, en el esfuerzo por alcanzar su independencia política de Portugal y luego, por lograr la forma republicana de gobierno.

Profundo error.

La epopeya brasilera, la que da fisonomía especial a ese pueblo; la que se ha realizado con el sacrificio de sus masas campesinas bajo los soles incendiados de los *sertões*; la que los diferencia de todos los demás pueblos de América y ha de ser un día el origen heroico de la gran epopeya de un porvenir justiciero, no estuvo, no, en las márgenes del arroyuelo de Ipiranga, ni apretada en los puños de los generales Floriano y Deodoro, ni resplandeció en las frases de Constant.

Hay que buscarla, en su magnífica expresión, en Antonio Maciel, "El Conselheiro", en la República del Palmar, y en la Revolución Farrroupilha.

Ahí está el pueblo brasilero, y sus auténticas luchas.

Siguiendo, a través de los desiertos, a aquel sertanejo, como ellos simple y desgraciado, que los conducía por millares en pos de una tierra en donde "corrían ríos de leche y miel, y cuyas barrancas eran de harina de maíz". Para terminar, todos, en el misérrimo y perdido pueblo de Canudos, sacrificados a la saña civilizadora de los hombres del litoral, asientos de las ciudades.

O constituyendo, en el refugio de las selvas inaccesibles, la república negra, guardada por las crestas abruptas y las punteadas empalizadas. Donde los esclavos liberados por la fuga olvidaban la brutal crueldad de sus amos blancos, en la más justiciera fraternidad, en el trabajo y en el goce.

O siguiendo detrás de los caudillos gauchos; torbellinos de heroicidad corriendo por las pampas de Río Grande del Sur. Campesinos cubiertos de harapos, que de la imagen de su miseria física, hicieron el símbolo con que hoy se rememora su epopeya.

Quien desconozca el significado de estos hechos — ante los cuales se vuelven temas de retórico liberalismo político, las luchas por la independencia y por la República en el Brasil — ignora el carácter íntimo de ese pueblo, su auténtica grandeza, y no podrá juzgar con criterio certero, ni los orígenes ni las proyecciones de los hechos del porvenir.

Como tampoco podrá prever la mecánica de los sucesos brasileros quien, con el juicio de un rioplatense o, más propiamente, de un uruguayo, considere al Brasil como una sociedad homogénea en la extensión inmensa de su territorio.

Porque así como su mapa geográfico ofrece caracteres tan opuestos dentro de sus límites extensísimos, así también adviértense en la composición social, política y económica, los más diferenciados caracteres, sin cuya justa apreciación no podría comprenderse la naturaleza íntima de sus fenómenos.

Mientras tanto en las costas del océano predomina el tipo del hijo del europeo, educado en sus hábitos y en sus juicios, por debajo de él en la escala social, sirviéndolo y enfrentándolo existen otros tipos de

pobladores, con problemas propios y, por lo mismo, con una oscura pero cierta conciencia de su clase y sus necesidades.

Entre nosotros, salvo ciertos accidentes superficiales, puede decirse que existe un tipo de uruguayo y hasta, sin cometer abuso de generalización, de rioplatense.

Todo lo contrario de lo que acontece en el Brasil en donde puede, de un modo sintético, definirse así su geografía humana:

Muy semejante a nosotros, por la configuración y el clima de la tierra que habita; por su organización económica — régimen pastoril, predominantemente —; por su arquitectura política, — que es nuestro pasado y este instante de dolorosa regresión en la historia, que estamos sufriendo —, el hijo de Río Grande del Sur se llama a sí mismo "gaúcho", con lo que expresa el reconocimiento de su identidad con el campesino nuestro.

San Pablo, inmenso emporio de riqueza industrial; con una gran masa de colonizadores italianos y bajo el dominio del capital inglés sus riquísimos cafetales, constituye, con Santa Catalina — en donde florecen las colonias alemanas —, la zona económicamente más poderosa de la República. Necesariamente, este régimen del trabajo en la industria de la ciudad y el campo, determina a su vez un tipo de obrero y clase media, con una psicología distinta a la que predomina en la anárquica libertad en la miseria, del "gaúcho".

Y al norte, poblando las inmensas selvas, — azote de los humildes —, los doloridos sertanejos, a quienes estudió Euclýdes da Cunha en uno de los libros más admirables que se hayan podido escribir en el continente. Hijo del europeo, a quien venció lo tremendo del clima, del indio y del negro, el desdichado poblador del *sertão* es, como lo define da Cunha, un misero y magnífico combatiente contra la Naturaleza y la brutal explotación del hombre del litoral, nunca victorioso y nunca vencido.

Y mezclándose en todos los climas, en todos los medios y todas las capas sociales, el negro traído por los conquistadores desde las costas africanas y cuyos descendientes han dado a la historia brasilera, páginas tan admirables de heroísmo y de capacidad en la vida social.

Sólo los Estados Unidos, en el continente americano, pueden decir que tienen, como el Brasil, lo que se ha dado en llamar "el problema negro".

Pero mientras tanto en la América del Norte han establecido fronteras de odios, de privilegios y brutalidad, entre los rubios dominadores y el negro expulsado de los medios sociales dirigentes, en el Brasil el problema presenta un carácter totalmente distinto.

Aquí el negro no es una raza maldita ni, por eso mismo, arrojada del seno de la clase dirigente.

Está fundido en el medio, asimilado por él, y dando, por consecuencia, en los medios humildes como en los poderosos, signos de sus caracteres originarios. "La Raza Negra en el Brasil", completísimo estudio del Dr. Nina Rodríguez — natural del Estado de Bahía, en donde éstos tienen su mayor importancia numérica y social — comprueba de un modo riguroso este fenómeno. Y la figura venerable de José de Patrocinio, como la popularidad del poeta Castro Alvez, negro uno, líder del movimiento por la abolición de la esclavitud y cantor de las multitudes desposeídas, el otro, son, asimismo, certificaciones eminentes de nuestra afirmación.

* * *

Desde luego, estos factores, clima y raza, han determinado estados económicos perfectamente diferenciados, en la inmensa extensión del Brasil. Río Grande del Sur vive, en sus líneas generales, bajo un estado pastoril feudal.

San Pablo, Santa Catalina y Minas Geraes, de sus grandes plantaciones de café, y de una industria, en manos de extranjeros, de alta producción.

El norte, sus clases pobres, padecen la brutal opresión del medio ambiente y del capitalismo extranjero que se ejerce, principalmente, en las explotaciones del caucho y del azúcar.

En estas diferencias de medios de vida, tan fundamentales, hállese la explicación de un fenómeno que sorprende al extraño, en la producción de Río Grande del Sur: frente a los Frigoríficos, modo universal de la explotación de la industria de la carne, Río Grande del Sur exhibe un incontable número de *charqueadas*, motivo primitivo de la utilización del ganado. Y es que el charqui, cuya elaboración asume extraordinarias proporciones, no se destina a los mercados de ultramar, sino a los del norte del Brasil que lo consumen necesariamente, ya que, a pesar de las extensísimas praderas desiertas, no disponen de ganados suficientes para su alimentación.

* * *

De estas diferencias de los factores de clima, raza y economía, debían surgir necesariamente, diferencias de civilización tan pronunciadas, que vuelven extraño, entre la multitud gregaria de los *sertanejos*, a un *gaúcho* riograndense, de espíritu audaz y anárquico.

De ahí que en el Brasil no hubieran existido, hasta hace muy pocos años, partidos políticos de extensión y carácter nacionales, tal como sucede entre nosotros.

Cada Estado, en la división política de la República, tenía los partidos de su medio, con sus problemas típicos.

Régimen de anarquía o, más bien, de grandes feudos, alrededor de Río de Janeiro, la capital donde se agrupan los que por un modo u otro viven del presupuesto de la nación.

Una ficción de unidad política que un lenguaje común creó, y que las complacencias del gobierno nacional para con los estatales contribuía a mantener, mientras las grandes extensiones de ese país, acaso el más pródigo del mundo, iban cayendo en las garras de los imperialismos.

Río, San Pablo y Minas Geraes, los centros de una civilización más avanzada, y asiento de los agentes imperialistas, venían ejerciendo, desde los orígenes de la nacionalidad, su hegemonía política sobre los demás estados, de una civilización más primitiva.

Y por debajo de los discursos de las Cámaras; de los grandes gestos de los políticos liberales, los invisibles hilos del dominador inglés, yankee, japonés y alemán, explotando hasta la esclavitud al obrero en la ciudad y el campo, y monopolizando toda la vida económica de la nación.

Un día se hacen dueños del monopolio del café. Aunque tienen — como en todas estas colonias de su rapiña — la delicadeza de complacer al espíritu nacional denominando a su más grande explotación, con un nombre que es caro al patriotismo brasilero: "Santos Dumont".

Como el portland "Artigas" entre nosotros, y el "San Martín" en la Argentina.

Signos de la clásica cortesía del *gentleman*.

Otro día dominan la producción del azúcar; otros, la energía eléctrica, la hidráulica, los medios de transporte, la elaboración de las carnes, el cacao, el algodón y el caucho.

Así, hasta culminar en la concesión Ford, la otorgada a Alemania, y la conferida al Japón.

Pedro Matta Lima, perseguido actualmente por la dictadura de Vargas, ha mostrado en una de las más grandes novelas de América, "Bruhaha", el retrato más acabado que entre nosotros se haya escrito sobre la oscura tragedia de un continente entregado a la rapacidad imperialista, por la sensualidad de políticos mendaces.

Mas, ¿qué importa el agotamiento y la muerte de las prodigiosas energías de un gran país, esclavizado y hambriento, mientras los Presidentes tengan oro para subvencionar de modo espléndido a sus ejércitos y policías, para enviar embajadas ostentosas de sus corifeos a las conferencias internacionales en que en sus labios se escarnece a la Democracia, y para adquirir a precio vil a unos cuantos escritorzuolos que en los pesebres del presupuesto, se consuelan de su fracaso? Si el agente de los grandes industriales de San Pablo está satisfecho; si el caudillo feudal de Río Grande del Sur se siente respetado en su soberanía; si los capitalistas ingleses ven aumentar sus fabulosos dividendos y el Cardenal

en Río goza en su corte principesca, ¿qué ha de temer el Gobierno, aunque el pueblo de esta tierra de prodigiosa riqueza, se esté agotando de miseria, hasta la muerte?

Y es que, por otra parte, ¿dónde está el pueblo? ¿quién expresa sus gemidos de sufrimiento y levanta con tan potente voz como para hacerla resonar en toda la inmensa anchura de esa tierra, sus palabras de maldición o de esperanza?

¿Cómo ha de reconocer a su propia imagen de miseria, el gaucho de los caminos interminables del sur, en la esclavitud de su hermano de desgracia aprisionado en los grandes cafetales de San Pablo, o en el mísero sertanejo del nordeste?

Sí, el Brasil conoció esas voces.

Se alzó en el estruendo de la metralla, junto a los fosos de la República negra del Palmar; estuvo en el resonar de los galopes gauchos de los "farrapos"; y en la boca de los trabucos de los canudos, muriendo al lado del Conselheiro.

Desde la entraña misma de la tierra brasilera, resonaron esas voces de las enormes fuerzas vírgenes padeciendo bajo la opresión.

Pero en la inmensa extensión del Brasil, no alcanzaron unos a oír a los otros.

Y así se alzaron y apagaron las vivas llamaradas de esos incendios, sin que los ojos del hombre del sur pudieran ver al del norte, ni los de éste a aquél.

Y unos después de los otros, cayeron; ignorándose.

Sin que ningún partido, ningún hombre, comprendiese, tampoco, la universalidad brasilera de cada una de esas protestas ni el profundo significado de su sucesión, y se alzó en su guía o en su defensa.

Así llegó el Brasil al año 1930 en que, a raíz de la elección presidencial, se plantea una de las más grandes revoluciones civiles, en cuanto al número, que conociera Sud América.

Getulio Vargas, entonces Presidente del Estado de Río Grande del Sur, y candidato derrotado a la Presidencia de la República, aparece como su jefe civil.

De norte a sur, de este a oeste, sacude al país una extendida esperanza.

Río Grande, que hasta entonces apenas tuviera influencia en la política general del Brasil, surge como el líder del movimiento emancipador.

Desde el sur avanzarán los gauchos, desplegando a los vientos de la república, la bandera de las más generosas reivindicaciones democráticas.

Hasta Río de Janeiro llegan los ecos del galopar victorioso.

Y la prensa gubernista que responde a Washington Luiz, lanza la

tremenda revelación: ¡Getulio Vargas es un caudillo comunista, que avanza con sus hordas de jinetes, nuevo Atila, holando los bienes todos de la primorosa civilización brasilera!

Pero he aquí que cuando la gran acusación, estigma infamante, va a caer sobre Getulio Vargas y los suyos, un obispo, Bécker, lo unge ante el cardenal Leme y ante los almirantes y generales de Río, con los óleos de una virginal santidad.

Sacerdotes católicos marchan en las columnas revolucionarias, al servicio de la Patria y de Dios. Y por el país entero se esparce un suspiro de alivio. Las clases dirigentes y la clase media, el mismo pueblo explotado, en una sociedad que vive bajo la égida moral del catolicismo y sus derivados más groseros, ya miran acercarse a los jinetes gauchos, liberados del estigma de creerlos un azote de Dios.

La palabra del obispo de Porto Alegre, los ha santificado.

Y el prelado eminente, desde su cumbre de cardenal, mira a los dos luchadores, como a sus hijos iguales. El más amado, será aquel que alcance la victoria.

Ya se acerca la derrota para el Gobierno en los cascos de los caballos gauchos, cuando de pronto las fronteras de San Pablo los detienen. San Pablo es gubernista.

Aparentemente, defiende su derecho a gobernar al Brasil.

En lo hondo, está la tremenda realidad del problema, que los ojos inocentes de los jinetes gauchos no pueden ver.

En San Pablo se han alzado las grandes fuerzas del capitalismo inglés, para contener el avance de las tropas de Getulio, que el oro norteamericano arma y provee.

Pero el pueblo del Brasil ha puesto en marcha su esperanza. Y así, nada contiene a la que él cree su revolución y a sus caudillos, hasta las calles mismas de Río de Janeiro.

* * *

Getulio Vargas ocupa el poder.

En nombre del pueblo, que se lo ha dado, asume facultades de dictador, para realizar la democracia perfecta. Repetida y grotesca farsa de todos los tiranuelos sudamericanos.

La nación espera en una expectativa colmada de esperanzas.

Pero apenas han transcurrido unos meses, cuando ya asoman en los actos gubernamentales, aquellos vicios que la revolución pretendió exterminar.

A medida que avanza el tiempo, y con él el surgimiento de una nueva oposición al gobierno, el dictador comienza a borrar la geografía política del Brasil — su régimen constitucional federalista — y a unificar el país bajo la presión de un poder único asentado en Río de Ja-

neiro y ejercido por delegación de gobernadores provisorios, en los demás estados.

No pasan dos años sin que una nueva convulsión pública conmueva al país.

El Estado de San Pablo se lanza a la lucha armada, encabezando la reacción democrática. Pero, como en el 30, se advierten claramente los signos del capitalismo inglés, que defiende sus fueros de máximo explotador.

El pueblo, indiferente, asiste a la lucha. Y de nuevo los jinetes gauchos, paisanos y sostenedores de Getulio, le dan la victoria.

Victoria de las armas, que Getulio convierte en derrota al sancionar la nueva Constitución, ya que — como lo hemos denunciado detalladamente en "Avanzar" — los políticos paulistas se alían con todos los grandes abogados de las empresas inglesas, y forman así el pensamiento dirigente que informa y redacta el nuevo Código Político.

Sancionada la nueva Constitución, el Brasil va a entrar en la normalidad.

Pero la oposición crece; el descontento público se esparce por toda la extensión del territorio brasileiro; los militares jóvenes realizan sesiones en el Club Militar de Río, que inquietan al Gobierno; la miseria de las clases explotadas en vez de decrecer aumenta; la clase media sufre el ahogo de un régimen impositivo brutal; la moneda amenaza caer verticalmente. Toda la economía de la Nación, sus servicios públicos todos, se hallan en manos de empresas extranjeras.

Pedro Matta Lima, Cayo Prado, Monteiro Lobato, comienzan a sacudir a la conciencia pública, desde la prensa y el libro. Y Getulio, el hombre providencial — la farsa de los histriónicos tiranuelos de Sud-América se repite — suspende el imperio de la Constitución que él mismo hiciera sancionar, para sustituirla por su absoluta y arbitraria voluntad.

Será, nuevamente, el salvador.

¿Había, pues, fracasado la revolución del 30?

No, en cuanto a la fortuna de los hechos militares.

Sí, en la esperanza que el pueblo puso en su caudillo, Getulio Vargas; ya que con la derrota de Washington Luiz, no se hizo más que sustituir a un tiranuelo por otro. Con una evidente superioridad del vencido sobre el vencedor: aquél, al tipo de los viejos dictadores americanos, había, por lo menos, encontrado vallas íntimas que le imponían respeto por las fórmulas legales y constitucionales. Mientras Getulio, con el despreocupado cinismo de los dictadores contemporáneos, no vaciló ni vacilará en hollar cuantas constituciones sea preciso, para mantenerse en el goce del poder. Pero, sobre todo, la revolución del 30 obtuvo, para el pueblo brasileiro, un resultado de consecuencias extraordinarias, al darle con-

ciencia de la unidad de su interés, en toda la extensión del país; de la necesidad de su unión; y de que, con ésta realizada, podría enfrentarse — como lo hizo entonces — victoriosamente al despotismo gubernista.

Y esto, que la Revolución inició, y que la historia venidera juzgará como uno de los hechos más fundamentales en el desenvolvimiento de la civilización brasileira, lo completó la tiranía de Getulio.

Comprendieron entonces, bajo el látigo del despotismo y el agobio de la miseria, los norteños como los gauchos, que un mismo origen tenían sus desgracias y uno sólo era el enemigo.

Bien pronto esta nueva conciencia se concretó en hechos políticos. Desde las filas de los derrotados del 30 y de las de los vencedores, surgieron núcleos y personalidades políticas que, agrupados en una confederación de partidos, constituyeron el block opositor al que denominaron "Frente Unica".

Por sus orígenes, por su clase, por sus antecedentes, los directores de "La Frente Unica", no podían polarizar en torno suyo a la desesperanzada opinión brasileira.

Políticos de la vieja escuela, estaban ellos también maculados en su historia por muchos de los vicios que combatían en Getulio y los suyos.

Y si bien es verdad que la simpatía popular levantó hasta los primeros planos de la admiración pública a la figura joven de Juan Neves de Fontoura — líder frentista en el Parlamento —, no es menos verdad que el pueblo, sus clases explotadas, no esperaban de allí su salvación.

Mientras tanto, se nutren en el descontento público, dos nuevas fuerzas que aparecen en la escena política, en las postrimerías del año 34.

Plinio Salgado — un segundón que suple su carencia de capacidades efectivas, con una audacia hitleriana — salta al tablado público vistiendo la camisa verde del Integralismo.

Religión, Patria y Familia, es el grito, aquí también, de estos fascistas.

El pueblo les mira y ríe, inocente.

* * *

Entre tanta confusión, bajo tanta miseria, ¿de dónde vendrá la esperanza?

Un nombre va volando en los labios estremecidos.

Lo pronuncian los soldados; cae entre las dolidas palabras de desesperanza de los hombres de la pequeña burguesía; los obreros en los talleres, en las usinas y en las charqueadas, lo alzan en sus cansados día-

logos. Los gauchos cuentan su hazaña de leyenda, como de uno de los suyos; pero los militares también. Los desiertos guardan sus huellas; las selvas le dieron su sombra. En los límites en donde sale el sol, inició una marcha sobre campos enemigos, entre ejércitos que le persiguieron con saña, y en la frontera donde cae el pesado sol del Brasil, desmontó, sin derrota ni cansancio.

Es capitán, y lo veneran los soldados; témenlo los generales.

Ingeniero, ámanle los analfabetos en la ciudad y el campo, y lo escarnecen los doctores de la política.

Tuvo el valor de no simular su esperanza en la Revolución del 30, de la que todo el pueblo esperaba.

Y ahora, cuando la realidad brutal trajo el desengaño, el pueblo vuelve los ojos hacia él, que está tan lejos, para llamarle con su nombre y con el que le anuncia su destino. Prestes, el "Caballero de la Esperanza".

La "Alianza Nacional Libertadora" que un compañero de armas de Luis Carlos Prestes — Cascardo — preside, ofrécese así al pueblo brasileño como el único gran instrumento de su liberación.

Sus palabras descubren la entraña del mal. Desnudan el "patriotismo" de los que van hipotecando, vertiginosa e implacablemente, a la patria brasileña.

Todavía, principios del 35, resuenan en el Brasil las palabras de brillante retórica del líder frentista Juan Neves.

En las ciudades, en los villorrios, alzan su estridencia desafiante y ridícula, los carteles de propaganda de Plinio Salgado, el integralista.

Pero en la conciencia pública; en la pasión de la esperanza y en la del odio, no hay más que un nombre: Luis Carlos Prestes.

* * *

El Estado de Alagoas entra en crisis política, bajo un extraño pleito feudal de los hermanos del Ministro de Guerra de entonces, el General Goes Monteiro.

El mayor Barata se hace fuerte en el Estado de Pará.

El Lampeão, al que la prensa policial ha creado una personalidad siniestra, es acogido con cálida simpatía en los pequeños pueblos del sertão. ¿Va a resurgir la epopeya de Conselheiro?

Flores da Cunha, presidente electo del Estado de Río Grande del Sur, la fuerza decisiva en las filas gubernistas, contempla la descomposición del sistema, con un extraño y amenazante silencio.

Getulio se precipita en la más violenta tiranía que el país haya conocido.

El ministro Rao — el mismo que en estos días acaba de renunciar — se constituye entonces en el teórico del nuevo Estado.

Mayorías parlamentarias serviles, se disponen, ante la estupefacción pública, a sancionar la Ley de Seguridad Nacional.

Pero el ejército se ha convertido, a su vez, en un peligro.

Aumentanse, pues, — en un país que ha caído, y a pesar de sus fabulosas riquezas materiales, en la miseria — los sueldos militares. Y la Ley de Seguridad Nacional es sancionada.

El Ejército pareció tranquilo. Pero el pueblo recibió esa ley de persecución brutal al pensamiento libre y a la dignidad social, con un nombre más justo que aquel que el gobierno le diera. Y la llamó, desde entonces, la "Ley Monstruo".

Getulio se siente armado con el hacha del verdugo, que sus serviles mayorías parlamentarias pusieron en sus manos.

¿Sobre quién descargará el golpe?

¿Sobre el Integralismo, que proclama un Brasil unitario y fascista como el fin de su propaganda, pronta a volverse hechos violentos; caricatura de Mussolini y de Hitler?

¿O sobre la Alianza Nacional Libertadora, que lucha por una auténtica democracia política, por mejorar las condiciones de vida de las clases obrera y media, y por la independencia económica de la República, ahora entregada al imperialismo?

Getulio sabe cuál es el enemigo y cuál será el aliado; conoce, también, sus fuerzas.

En esa expectativa política transcurre el año 35, mientras la miseria se hace cada vez más grave y el clamor público, que ahora tiene su voz en las filas de la Alianza, crece poderoso y unánime.

Hasta que en las postrimerías de ese año, Getulio provoca el estallido de Noviembre.

Y surge en el lenguaje oficial, la palabra milagrosa con que todos los tiranos contemporáneos pretenden engañar a los pueblos y justificar sus crímenes: ¡El Comunismo amenaza la eglógica paz brasileña!

Y el hacha de la Ley Monstruo, comienza a caer sobre las figuras más nobles del Brasil.

Matta Lima ve asaltada y saqueada su imprenta, y él mismo buscado afanosamente por la policía de Río. Mauricio de Medeiros, una de las mentalidades más fuertes y espíritu de una austera sinceridad, es encarcelado. La Alianza es diezmada, y sus dirigentes nacionales, como los de los perdidos pueblos del inmenso territorio, ocupan los más tremendos presidios y sufren vejámenes y torturas implacables. Universitarios; profesores cuyo renombre internacional honra al Brasil; escritores, obreros, militares, periodistas; todo aquel que sea sospechado por su adhesión a la libertad y la democracia, es perseguido sin descanso y encarcelado.

El senador Abel Chermont cree, con un grupo reducido de colegas, que la tribuna parlamentaria — hasta la que él mismo llegó con la amistad de Getulio — no debe humillarse con un silencio cómplice, ante tan graves atentados a la Constitución y los derechos inalienables a la libertad de las personas.

Y levanta desde el Senado su voz de protesta, confiado en sus inmunidades parlamentarias.

Vargas responde a la acusación, arrancando violentamente de sus bancas a los legisladores que han caído en la ingenuidad de suponer que la tiranía reconoce obstáculos para sus fines. Y son conducidos a la cárcel.

Una mañana desaparece súbitamente de Río, el Presidente del Estado de Río Grande, General Flores da Cunha.

¿Ha temido ser preso por Getulio, a quien él ha servido en su encumbramiento y permanencia en el poder?

En un avión ha saltado el jinete gaúcho, desde Río de Janeiro hasta sus remotas llanuras del sur, poniendo inmensas distancias entre él y su amigo de ayer.

Así asegura Flores su libertad. Pero ese mismo día Pedro Ernesto, otro íntimo del dictador, a quien se ha confiado la Gobernación de la Capital que el Presidente habita, es destituido de su cargo y, ante el asombro público, reducido a prisión.

Si; la tiranía está firmemente dispuesta a salvar al Brasil del peligro comunista.

Getulio ha lanzado la misma acusación que él mismo recibiera desde Río de Janeiro, cuando avanzaba llevado por las columnas revolucionarias de año 30.

El tuvo entonces, la absolución del obispo Bécker.

¿Absolverá ahora el cardenal Leme a estos nuevos comunistas que Getulio ha creado?

No. El purpurado sabe dónde está el interés de su clase, y no quebrará su augusto silencio para proclamar una verdad que hiera a sus intereses de privilegiado.

Y mientras Felinto Miller perfecciona desde la Jefatura de Policía de Río los refinamientos de las acusaciones mendaces y de las torturas, el ministro Rao perfecciona los instrumentos legales de la tiranía.

Así se sanciona una ley de imprenta, que justifica la imposición de un silencio de mazorca al pensamiento libre: se saquean bibliotecas y librerías; se pone fuera de la ley a la Alianza, y toda palabra que sueña a libertad o democracia, es acallada en los sótanos de las prisiones.

Un día cae en las manos policiales, Luis Carlos Prestes.

Y como él, el Brasil se convierte en un gran prisionero.

Sobre el pueblo esclavizado, se levanta la trilogía Getulio, Felinto Miller y Rao.

La inmensa extensión del país, es un desolado campo de prisión.

Pero a despecho de la vigilancia policial y de las delaciones, la reacción popular se extiende por los valles, las sierras, las selvas y las costas del Océano.

A los últimos sacrificados que entonces padecen en las cárceles, sustituyen nuevos propagandistas que parten de las clases pobres, de la media, del ejército mismo, y que con sus sordas voces que reclaman justicia y un Brasil liberado del despotismo interior y de la esclavitud del capitalismo extranjero, presionan a los que tienen la fuerza y pueden abrir los nuevos caminos de la salvación.

Prestes continúa en la cárcel; como Cascardo y Ghioldi, y miles de compañeros.

Pero su nombre, que es la esperanza, ha iniciado una nueva marcha de leyenda a través de todos los climas del Brasil, y sólo ha de detenerse después de ir de una a otra frontera, como en aquella que le dió fama; sin derrota ni cansancio.

Un extendido rumor señala al general Flores da Cunha — el jefe del Estado brasilero más capaz militarmente — como al futuro caudillo del movimiento de reivindicación democrática.

El presidente del Estado de San Pablo, acaba de lanzar su candidatura a la futura Presidencia de la República. Hecho que estaba previsto por los opositores a Getulio y que, consumado, puede ser de vastísimas y muy próximas consecuencias.

El dictador, por su parte, después de haber afrentado al Poder Judicial creando Tribunales Especiales que han de juzgar a 16 mil presos políticos, integrados por sus más obsecuentes ayudantes a quienes, por servir a la infamia, declara servidores de honor, incuba una nueva farsa que le permita continuar en el poder, una vez vencido el plazo constitucional.

Pero sus fuerzas se desmiembran de un modo vertiginoso. Los ministros Rao y Macedo Soares, también han dimitido. Los más astutos ven ennegrecerse el cielo de tormenta, y huyen, cautelosos.

Estamos, pues, en la proximidad de grandes y promisoros sucesos.

Si, como le cree la opinión pública del país, Flores da Cunha convoca a sus jinetes gaúchos para servir a la democracia, y si el Estado de San Pablo pone al servicio de la causa emancipadora su inmenso poderío económico e industrial, los días de la dictadura de Getulio Vargas están contados.

La Alianza Libertadora prestará a los dos estados capaces de organizar y armar el movimiento, la fuerza de la opinión nacional, que ella ha unificado bajo la tiranía, y del más puro prestigio contemporáneo del continente: el de Luis Carlos Prestes.

Y entonces habrá llegado el día en que, sobre este vasto campo de explotación, miseria y esclavitud física y espiritual que es la América del Sur, se alce, rompiendo hierros de cárceles, desde el cielo brasileño, la imagen libertadora del "Caballero de la Esperanza".

Justino Zavala Muniz

"Casa de las Crónicas" en Bañado de Medina, Enero de 1937.

LAS RAZONES DE UNA ACTITUD CATOLICA

La trascendencia del documento que se inserta a continuación, y que nos ha sido remitido en copia por el Servicio Español de Información de Valencia, justificaría por sí sola su publicación en *Ensayos*. El traduce, en efecto, desde un punto de vista especial que, por ser fundamentalmente dogmático no es, desde luego, el de nuestra revista, pero que respetamos por todo lo que tiene de sincero, de fervoroso y de elevado, el sentido de una de las corrientes espirituales de adhesión a la causa del gobierno español que más interesa conocer en sus determinantes ideales y profundas. Pero sirve, además, como documento de prueba para cuánto afirmamos en nuestro artículo *España Trágica*, en el N.º 2, pág. 147, sobre la actitud de ciertos elementos católicos, en general y en el caso especial de la lucha de España, frente a la posición de la Iglesia oficial en los problemas sociales y principalmente en cuanto a la posibilidad de una pugna por devolver a la religión su primitivo sentido de vida interior y de desprendimiento de los bienes terrenales.

La referencia al artículo y a la página citados hace oportuno que se rectifique el error de que nos hicimos eco al afirmar allí que Jacques Maritain formó en París en las filas del Frente Popular.

Es notoria la forma en que se divulgó por revistas y diarios esa noticia, que hasta provocó un comienzo de polémica en Buenos Aires, y a la cual daba una base aparente de verdad el hecho cierto de haber colaborado Maritain en "*Vendredi*", órgano del Frente Popular francés. Y es notorio también que el propio Maritain la desmintió públicamente, aconsejando una actitud prescindente a la vez del Frente Popular y del fascismo, aunque sus ideas sociales y su concepto de la acción cristiana no difieren en sustancia de los que le atribuimos en nuestro comentario.

En números sucesivos, para complementar esta inicial documentación de tan significativas corrientes espirituales y de acción, publicaremos otras dos piezas esenciales: las *Palabras Cristianas*, que sus-

criben el mismo canónigo J. M. Gallegos Rocaful, el teniente mayor Leocadio Lobo y el capellán de Hospital Enrique Monter, y el ensayo sobre *El movimiento Esprit y la revolución espiritual* por Emmanuel Mounier. Y esperamos, asimismo, dar en breve una prometida colaboración original del propio Jacques Maritain. — E. P. M.

Yo sé muy bien que una de las grandes conquistas del catolicismo es precisamente su universalidad, y a nadie mejor que a un sacerdote le incumbe el deber de exaltar su ministerio por encima de cualquier división de razas y de pueblos, a fortiori de partidos y opiniones. Pero las circunstancias trágicas por las que atraviesa mi patria, imponen a todo español la necesidad ineludible de estar, ya que no con las armas en la mano, al menos con el corazón y con el espíritu, al lado de uno de los combatientes que ensangrientan nuestro suelo. Más tarde, con la hora de la victoria, vendrá el momento de borrar las diferencias y llegar a la unidad de los espíritus tan necesaria como la del suelo sagrado de la patria. Si es necesario escoger ¿de qué lado deben inclinarse la simpatía y la preferencia de los católicos? En cuanto a las razones que podrían servir de orientación a otros, he aquí las que yo he tenido para estar con toda mi alma al lado del pueblo:

1º—¿Cuál hubiera sido la actitud de Cristo? Supongamos por un momento que la vida terrestre de Jesucristo hubiese coincidido con los sucesos de España: ¿Se habría puesto Él al lado de los que han desencadenado la guerra, matan sin riesgo para ellos, destruyen los hogares y siembran la desolación y la ruina? ¿Hubiera aprobado la empresa criminal de decidir por la violencia, fuera de la ley y contra ella, diferencias políticas entre hermanos? Por otra parte, en la guerra hay, de un lado los potentados, los ricos, los señores, todos los privilegiados de este mundo; del otro, los pobres, los humildes, los necesitados. ¿Se puede ni aun dudar del hecho de que Jesús, como ya lo hizo, no habría estado ni con los ricos Saduceos, ni con los todopoderosos Fariseos, ni con los Escribas equívocos, sino con los humildes pecadores y las multitudes hambrientas?

2º—Está claro —y se reconoce por ambos lados— que en España, más aún que una cuestión política, se resuelve otra, más profunda, de organización social y económica. El capitalismo que quiere a cualquier precio continuar manteniendo sobre los obreros el yugo, que según la frase de León XIII difiere poco del de los esclavos, juega en España una carta decisiva. Capitalista de hecho y de espíritu es la inmensa mayoría de los que luchan de un lado, mientras que del otro no hay casi exclusivamente más que obreros. Si los rebeldes triunfaran, el capital, dueño no solamente de la vida económica sino que también del poder público, impediría todo movimiento obrero, incluso aquel que estuviera

dictado por el sentimiento cristiano más auténtico y profundo; de eso tenemos una dolorosa experiencia, y los obreros quedarían entregados, desarmados e indefensos, a la voluntad más o menos arbitraria de los patronos. Cuando se ha impedido sistemáticamente toda concordia, se acude a las armas para imponer por la fuerza la sujeción capitalista; nosotros que tenemos hambre y sed de justicia y que hemos pasado nuestra vida denunciando los abusos del capitalismo, no tenemos otro remedio que dar nuestra simpatía a los que defienden, no los odiosos privilegios, ni un lujo superfluo y vicios dispendiosos, sino simplemente la posibilidad de una vida humana digna.

3º—No cabe duda de que los obreros, por el mero hecho de serlo, no son santos, y en estos momentos de revolución pueden entregarse a actos reprobables y a violencias inútiles, pero esto que suelen argumentarlo contra la causa popular, es para mí una nueva y muy potente razón para estar de su parte, puesto que si los obreros se equivocan, y si a veces parece que tienen el sentimiento moral obscurecido, el remedio no es ni mucho menos ametrillarlos despiadadamente, sino predicarles, despertar su conciencia, en lugar de matarlos salvajemente como a perros. El remedio es darles idea plena de su propia responsabilidad. No son los sanos los que tienen necesidad de médico, decía Cristo, sino los enfermos. Fué también Él, el que nos enseñó a dejar por la sola oveja descarriada las noventa y nueve restantes. Si aquellos que debían ser los pastores legítimos de sus almas, rehusan sistemáticamente acercarse para enseñarles el buen camino, ¿no es natural que se echen en las manos de falsos apóstoles y se envenenen con toda clase de errores y de maldades?

4º — Pero, además no es una paradoja afirmar que un sincero apostolado cristiano tendría, por los argumentos humanos, muchas más probabilidades de éxito en el Frente Popular que en el lado contrario. Es una gran verdad que aún entre aquellos que se llaman marxistas, hay una gran vida espiritual que se manifiesta corrientemente en su elevación moral, en su sacrificio por el ideal, en su magnífica solidaridad, en su desprendimiento cristiano de los bienes terrestres, y en su ejemplo heroico de virtudes naturales. Se diría que, como San Pablo decía de los Atenienses, adoran a un dios desconocido, que cuando se les muestre en plena luz, en su pura desnudez espiritual, acabarán por caer de rodillas delante de la divinidad auténtica que sin saberlo buscaban en sus sueños revolucionarios y en su esperanza angustiada de una humanidad mejor.

5º—Es así como León XIII lo vió claramente cuando dió a los católicos y especialmente a los sacerdotes, la orden categórica de ir al pueblo, y ¿qué es ir al pueblo sino vivir su vida, penetrarse de sus ideales, servir su causa en todo lo que tiene de justa, abogar por sus derechos, cuidar su bienestar, perdonar sus faltas, formar las conciencias y

santificar las almas? ¿Y cómo se podrá hacer esto cuando se deserta de sus filas, se le abandona en la hora de gran peligro, o, lo que sería terrible se una a sus enemigos? Cuando el pueblo está de un lado y todos los opresores del otro, ya no es necesario decidirse, puesto que la elección se nos da hecha por el mandato de León XIII: con el pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

6º — Pero es que, se nos dirá, el triunfo del pueblo supone la destrucción de la Iglesia Española. El argumento ha sido repetido de tal manera que bien merece ser examinado de más cerca, porque confunde dos cosas completamente distintas, y da como oro auténtico lo que es paja despreciable. Es cierto que si los rebeldes triunfasen, la Iglesia recobraría exterior y temporalmente mucho de su influencia pasada: habría nuevamente grandes procesiones, las corporaciones oficiales y las autoridades asistirían a los oficios, se erigirían monumentos religiosos en las plazas públicas; se entronizaría al Sagrado Corazón de Jesús en los Ayuntamientos... Pero seguirían la rutina, la confusión entre lo espiritual y lo temporal, el relajamiento de todos los resortes que lanzan hacia el apostolado heroico; y sobre todo, el divorcio entre la religión y el pueblo sería total y absoluto. El catolicismo sería una religión de ricos en el peor sentido de la palabra. Si es esto todo lo que llegaríamos a obtener, ¿podemos cristianamente desearlo? Por lo contrario, el triunfo del pueblo supondría la colocación de la trascendental cuestión religiosa en su terreno verdadero. No más mixtificaciones ni apariencias engañosas. Una iglesia pobre sin otros medios que los todopoderosos de la oración y el sacrificio, que viva para el espíritu y por el espíritu, haciendo la reconquista de las almas. Libre y pura de todo deseo temporal, concentrada en sí misma, sería más que nunca la luz del mundo y la sal de la tierra; el principio sería difícil pero la victoria final cierta.

7º—Pero, se dice también, el pueblo no quiere oír hablar de religión, quema las iglesias, y mata a los sacerdotes. Desgraciadamente hay una gran parte de verdad en esto. No es más que el límite de esa apostasía de las masas que Pío XI denunció como el gran escándalo del siglo XX. No es ahora el momento de averiguar las raíces de un estado espiritual que tiene, evidentemente, sus causas, y éstas son muy dolorosas.

El Padre Robinot en Francia, Arboleya y Peiro en España, han tratado de determinarlas pero aún nos falta un estudio completo. Ahora se trata de hacer desaparecer y de derrumbar toda esa muralla de hostilidad y de injusticias que mantienen al pueblo separado de la religión, y eso, ¿cómo se consigue? ¿Convirtiendo los conventos en fortalezas contra los milicianos, y las vestiduras sacerdotales en uniformes del ejército del enemigo del pueblo, o, aproximándose al pueblo con las manos y el corazón abiertos para que pueda leer en el interior todo el amor que le llevamos, nuestro tormento para rescatarle temporal y espiritual-

mente, y nuestro deseo de ayudarle? ¿Será que el catolicismo no ha encontrado nunca armas más eficaces que la caridad activa y desinteresada para conquistar a sus enemigos?

8º—Esto nos lleva a tratar otro argumento que se tiene costumbre de olvidar con lamentable frecuencia. Por buenas que puedan suponerse las intenciones de los generales que luchan contra el pueblo, la verdad es que han partido de un hecho incontestable: la rebelión contra el gobierno legítimo que España se ha dado. La cosa es tan clara que ni siquiera han tratado de negarla, se dice solamente que el gobierno gobernaba mal y es con sus errores con lo que pretenden disculparse del gran pecado de la sedición; pero la doctrina católica es tan formal sobre este punto que no da lugar a ninguna duda posible. Un católico puede escribir contra los errores de su gobierno, demostrar sus equivocaciones, votar contra él, asistir a mitines y manifestaciones, hacer todo lo que la ley le permita y le sugiera su fervor ciudadano. Lo que no tiene el derecho de hacer de ninguna manera, es recurrir a la sedición contra la autoridad que representa a Dios, y a quien, por este hecho, le debe sumisión, honor y reverencia aún cuando le persiga injustamente. Y si esto concierne a todos los católicos que no pueden, sin caer en pecado, levantarse en armas contra el poder público, ¿qué decir de los que por su profesión deben imponer por las armas el respeto y la obediencia al gobierno legítimo?

9º—Por otra parte, el movimiento que el pueblo trata de aplastar tiene un nombre que lo califica expresivamente: el fascismo y el fascismo nos es bien conocido por los libros de sus corifeos más autorizados: Rosenberg en Alemania y Gentile en Italia. Haciendo abstracción de todo lo que se ha hecho y se hará en el orden estrictamente político, lo cierto es que, como sistema doctrinal, es inadmisibles para los católicos. Nosotros no podemos ni admitir su brutal negación a los derechos de las personas, ni suscribir la subordinación impía de la Iglesia a un Estado monstruosamente exaltado que utiliza despóticamente las personas y las cosas para su provecho exclusivo, ni profesar un nacionalismo exagerado que es un peligro perpetuo para la paz del mundo y para la fraternidad humana. Es nuestra fe misma la que nos empuja a oponernos a esta concepción pagana del Estado y de la Nación.

10—Finalmente, en España, se lucha implacablemente por impedir que la clase obrera ocupe un puesto de responsabilidad y eficacia en la dirección social. Son las antiguas clases dirigentes las que se esfuerzan por impedir, haciendo uso de la violencia y la sedición, que los obreros llenen el vacío que produjo su desertión. Nosotros no podemos ser partidarios de la dictadura del proletariado, no podemos de ninguna manera admitir el marxismo; pero si se trata de un progreso social que debe tener por resultado extender el bienestar y la cultura a capas más extensas de la sociedad, nuestras grandes virtudes de justicia y de caridad

nos obligan a mirar con simpatía los esfuerzos realizados para que la desigualdad humana sea menos grande y menos sangrante la diferencia que separa a un hombre de otro. Si ante Dios nuestros derechos son iguales, y parecida la recompensa, ¿por qué no debe ser también así entre los hombres? A través de los hechos de la historia es bien visible para los cristianos la mano de Dios que conduce a los hombres hacia un destino, y si por todas partes se comprueban los signos de una ascensión creciente de la clase obrera, tenemos que pensar que Dios quiere servirse de ella para sus designios redentores.

J. M. Gallegos Rocaful

Canónigo Teologal de la Catedral de Córdoba.

ACLARACIONES AJENAS EN TORNO A BECQUER

Hemos recibido una carta del distinguido profesor y crítico Dr. Osvaldo Crispo Acosta, en la cual se formulan algunas observaciones acerca de la primera parte del estudio sobre Gustavo Adolfo Bécquer, de nuestro compañero y también distinguido profesor y crítico Roberto Ibáñez, que apareció en el número anterior de *Ensayos*, y cuya terminación damos en el presente.

Como el Dr. Crispo Acosta no nos pide la publicación de su carta, limitándose a expresarnos que podemos hacerlo si lo deseamos, creemos no dejar de hacer honor a la consideración que nos merecen, tanto su personalidad intelectual como las referidas observaciones que en su carta hace, si nos concretamos, como lo hacemos más abajo, a transcribir lo sustancial de ellas, despojándolas de todas aquellas expresiones y consideraciones que pudieran dar lugar a una polémica de índole no compatible con la naturaleza de esta revista.

A la vez, siendo el profesor Ibáñez miembro del Consejo de Redacción de *Ensayos*, un elemental deber de lealtad nos llevó a hacerle conocer, antes de adoptar ninguna resolución, el contenido de esa carta que así se nos facultaba para entregar a la publicidad, — y dado que ella comprometía directamente, como se verá, su responsabilidad intelectual —, con el fin de que articulara las aclaraciones que estimase pertinentes.

Pero, para no imponer a ninguna de las dos partes de este que esperamos no llegue a ser litigio, un tratamiento diferente, tomamos, también, para transcribirlas, de las carillas que él nos entregó escritas, sólo aquello que, sin dejar de ser esencial para el esclarecimiento de los hechos, fuese materia que no pudiese sembrar la semilla de una polémica personal. El respeto intelectual que nos merece la personalidad docente, poética y crítica del profesor Ibáñez no podrá, así, aparecer afectado por este hecho, pues las mutilaciones que hemos impuesto a sus expre-

siones no tienen otro alcance ni otra intención que aquellas a que, haciendo todos los honores de su autor, sometimos las del Dr. Crispo Acosta.

Y van ahora aquí los fragmentos anunciados.

Del Profesor Dr. Osvaldo Crispo Acosta:

"...afirma, (se refiere al Profesor Ibáñez) entre otras cosas: primero, que él señaló antes que nadie la cita expresa de Heine en la obra de Bécquer; segundo, que él ha descubierto en la rima XIII de Bécquer una imitación de Byron, y tercero, para acabar con estos descubrimientos... que él ha encontrado en la rima VII de Bécquer un eco de Musset.

"Pues bien, la cita de Heine en la obra de Bécquer fué indicada por mi amigo Lauxar en su colección de Lecturas Literarias después que, de mucho tiempo atrás, yo la venía haciendo notar en mis clases de literatura, y las imitaciones de Byron y Musset están puntualizadas con la mayor precisión posible en el estudio de Dámaso Alonso, aparecido en *Crus y Raya*, que conoce y cita el autor acogido en la revista de Vd."

Del Profesor Roberto Ibáñez:

"Respecto a la cita de Heine, hecha por Bécquer, repito lo que estampé en mi artículo anterior: "no me interesa la reivindicación de esta minucia". Eso dije entonces, y lamento asignar tal jerarquía al descubrimiento que el Dr. Crispo Acosta afirma afanosamente haber hecho con la solidaridad ecoica de su amigo Lauxar, el cual, al revelarlo públicamente, omitió en forma inexplicable, el nombre del auténtico y meritorio descubridor. Pero lo más curioso y sugestivo es que, a pesar de lo que asegura el Dr. Crispo Acosta, su amigo Lauxar... no dice una palabra acerca de ese hallazgo en la primera edición de sus "Lecturas Literarias". En la segunda, publicada en el año 1926, resolvió por fin el autor hacernos el regalo... de su descubrimiento; un poco más tarde, sin duda, puesto que yo, en 1924, tuve oportunidad de mencionar esa zarandeada cita, ante un tribunal integrado por personas de indudable solvencia moral. Yo no pretendo que el Dr. Crispo se haya enterado de ese hecho; pero me creo autorizado por la sola fuerza de la verdad para recordar el intrascendente descubrimiento. Un compañero de aquel año, el Profesor Héctor Rico, se me ofreció espontáneamente para testificar al respecto; más aún — y la circunstancia es notable — conserva, y puede exhibirla, una libreta de apuntes, en la cual consignó de propio puño en ese mismo año de 1924, el dato que yo hice público entonces, acompañándolo de mi nombre.

En cuanto a las imitaciones de Byron y Musset, llegué efectivamente a sospechar por un erudito trabajo del escritor argentino José

María Monner Sans, que habían sido puntualizadas por Dámaso Alonso en un artículo publicado en *Crus y Raya*, en junio de 1935, y que no pude conseguir en el momento oportuno, es decir, antes de dar a la estampa la primera parte del mío. En efecto, las sagaces anotaciones de Dámaso Alonso que tuve ocasión de transcribir (ocho líneas, aproximadamente), las leí con verdadero placer intelectual, en el libro de Benjamín Jarnés, "*Doble agonía de Bécquer*" que — lo admito — pude haber mencionado. Por eso, a diferencia de lo que hago comúnmente, no indiqué al lector la fecha ni el título de un estudio que, como el de Alonso, consideré en seguida intelectualmente codiciable; pero que sólo conocía por la parcial referencia apuntada.

No ya mala fe, torpeza se habría necesitado para repetir a las calladas lo que otro escritor — citado expresamente — había dicho.

Ahora, como profesor, y con la conciencia de que la clase es un acto público, quiero hacer constar que en mis grupos de Preparatorios para Derecho (Liceo Nocturno), desde el año 1929, cada vez que estudio la obra de Bécquer, señalo esas reminiscencias o imitaciones, como pueden corroborarlo mis propios discípulos.

Yo no he redescubierto nada. En todo caso he coincidido con otros en el hallazgo de esas analogías. Respecto a las restantes, celebro que el Dr. Crispo Acosta no haya intentado igualmente confundirme.

Reconozco — eso sí — con toda lealtad, que cometí un pecadillo de soberbia al manifestar que nadie — hasta hoy — había hecho las citas expuestas.

Para concluir, declaro que no tengo inconveniente en renunciar a toda pretensión sobre el descubrimiento que ha suscitado las inquietudes del Dr. Crispo Acosta, a quien agradezco, además, la atención prestada a una humilde llamada de mi artículo."

Con estas transcripciones debe necesariamente terminar, y así lo hacemos, nuestra intervención en este episodio.

Eugenio Petit Muñoz.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ANDRE GIDE. — REGRESO DE LA U. R. S. S. — (Sur, Buenos Aires, 1936). — Sólo por excepción se han juzgado en sí mismas estas impresiones de Gide sobre su último viaje a la U. R. S. S. El libro ha provocado enconadas críticas de quienes pensaron en una traición de Gide que, apasionadamente, fué calificado hasta de *nuevo Judas* y elogios con fondo de hipocresía por aquellos que siempre reciben con satisfacción un ataque al régimen ruso, sea cual fuere el sentido y el espíritu del mismo.

Los ataques a Gide se refieren especialmente a su actitud personal y a su contradicción o inconsecuencia de sus manifestaciones actuales con otras anteriores. Cuando los escritores tocan temas que afectan a los partidos políticos, a masas humanas, en problemas vitales, tienen que provocar con los juicios no ya desfavorables sino con los que carecen de la adhesión entusiasta, una reacción violenta si con anterioridad han manifestado alguna simpatía o han hecho surgir la esperanza de una apología: decepción que se traduce en la sospecha de que el juicio se inspira en intereses mezquinos o en influencias inconfesables. Tal ha sido el estado afectivo de todos los fervientes partidarios de la U. R. S. S. dentro y fuera de su territorio.

Por otra parte la organización rusa se presenta como una realización de la revolución marxista y como una amenaza para todas las tendencias capitalistas del mundo que han tomado las críticas de Gide, sin entenderlas, sin penetrar su alcance, como una prueba del fracaso del marxismo y como una demostración de que, por lo tanto, el régimen capitalista actual es insustituible. El alborozo de los reaccionarios estalla ante cualquier crítica al régimen soviético aunque sea hecha por quien, como Gide, expresamente manifiesta que el capitalismo es insostenible.

De no haber existido esas dos corrientes, el libro de Gide sería sólo una exteriorización de su modo de pensar sin que significara un juicio definitivo sobre la U. R. S. S. Descarta el análisis de la obra rusa desde el punto de vista económico, como plan nacional o como organización técnica. Tiende sólo a poner de manifiesto aspectos que están en desacuer-

do con su psicología personal. Por ello frente a las manifestaciones de las fiestas de la juventud (seres perfectos, entrenados, preparados, con una uniformidad que responde a un concepto central) presenta la melancolía de toda la multitud silenciosa que desfiló en ocasión de los funerales de Gorki. En este hecho simple está todo lo que quiere decir Gide: se presenta siempre un aspecto glorioso, pero debajo de él no se ha podido eliminar el dolor de la vida. Y en todos los órdenes de actividades va presentándose el mismo contraste: la uniformidad ideológica creada por la adhesión a Stalin, que no es la uniformidad natural y que tampoco es el predominio o dictadura del proletariado; el arte oficial que ha desalojado al arte regional y aún a las inspiraciones personales; el confort; la solución aparente de problemas sociales que coexisten con la larga cola de los que buscan artículos de primera necesidad; los niños abandonados y hambrientos a pesar de todos los regímenes. ¿Es todo eso un repudio a la obra de la U. R. S. S.? No; es simplemente la crítica de un hombre que cree comprender dónde está el mal y que lo indica: el mal está en haber ahogado al individuo, impidiendo que se pronuncie; está en que se aplasta en los artistas, en los escritores, en los hombres, las fuerzas revolucionarias que los animan para crear una uniformidad ficticia, y está, principalmente, en que ha surgido un *complejo de superioridad* en la masa que la hace conformarse con su situación, que le da la noción de que en Rusia se ha hecho todo en la forma más admirable del mundo. Todo lo ruso es superior a lo extranjero, nada puede dar un poco de felicidad a los hombres de otro lado y lo que no se ha logrado allí, no podrá lograrse más. Este es el conformismo, que ahoga cualquier impulso de progreso que no surja de la organización oficial.

Ese *complejo de superioridad* parece ser el arma de los pueblos de ahora. Ya Durtain lo indicaba como índice de la mentalidad americana, las dictaduras lo crean con la ilusión estéril de la grandeza nacional, y es esa también la causa de los ataques de los marxistas, y del júbilo de los reaccionarios con respecto a las páginas de Gide: para los primeros nada malo puede decirse de la U. R. S. S., para los segundos nada bueno puede haber allí. Y Gide, entre tanto, ha dicho solamente algo humano, dejando a salvo toda la obra realizada que tiene su importancia económica y técnica. Sólo le ha interesado lo espiritual. He ahí todo. — Antonio M. Grompone.

ANTONIO MACHADO. — JUAN DE MAIRENA. — Espasa-Calpe, Madrid, 1936. — He aquí un libro lleno de poesía porque es un poeta de veras quien lo escribe. Tal vez muchos no lo consideren así; pero de Antonio Machado no puede esperarse otra cosa más que la solidez de su temple lírico hasta en las páginas de alta filosofía. Pero esa poesía está más allá de su misma realidad, esto es, de la misma verdad que aparentemente ofrece. ¿Verdad? Nada es verdad para este Juan de Mairena,

profesor de gimnasia venido a más. Porque por sobre todos los quehaceres momentáneos que birfurcan su ciencia pedagógica, Juan de Mairena es un escéptico y aún más, un escéptico frente al escepticismo: no cree en la verdad, pero tampoco encuentra razón suficiente como para dejar de creer en ella. En fin, todo un climatérico de la inteligencia que la busca según sea la temperatura del libre razonar. Cuando Juan de Mairena habla a sus alumnos huye de todos los simulacros de la Metafísica, de la Retórica, de la Dialéctica y ¡ah! de la Sofística. Nada es firme y categórico en la intrepidez de los hombres. Mairena quiere dejar la huella de su talento en el fácil manejo de esas disciplinas, sometiéndolas al individualismo ejemplar que muchas veces obstaculiza hasta las cosas más sin requiebros. Adaptarse al vislumbre ajeno es querer adelantar estúpidamente nuestra razón existencial. La inteligencia no puede dar fe de una realidad que se toma por absoluta si para su apoyo falta el aliento individual. Todo el esfuerzo de Mairena radica en ser leal consigo mismo; eso es lo que también quisiera que comprendieran sus alumnos. Es tan grande el alcance de la tontería en los espíritus jóvenes que Mairena quisiera apartarlos de lo efímero y hostil al imperio espiritual; rendirlos ante la evidencia de la pequeñez humana que es como se puede transitar con decoro: "nunca perdáis contacto con el suelo; porque sólo así tendréis una idea aproximada de vuestra estatura".

Antonio Machado realiza con el recuerdo de ese profesor apócrifo una ardua tarea de hondura y comprensión humanas. Ya sabemos que en su poesía está el hombre diversificándose por entre las cosas que la imaginación alienta por los campos de lo bello e indescifrable; en cambio, aquí, en Juan de Mairena, está el hombre enfrentándose a la realidad de la vida y de la inteligencia con la intención de recuperar el equilibrio y la sagacidad individuales; los planos del saber están listos para dar un contenido apto a las circunstancias vitales. Hay momentos, sin embargo, en que Machado no puede apartarse de lo que destila su propia naturaleza, de la significación misma de su personalidad. Y es entonces cuando los fueros de la poesía comienzan a condimentar el saber y la reflexión con la astucia de la inspiración o con las sutilezas de la intuición. Aparece así el momento de las grandes ficciones, o sea, "el momento creador del arte".

El libro, pues, que es de profundísimo pensamiento no impide adecuar el empuje infatigable de lo artístico. — *Alfonso Llambías de Azevedo.*

ción filosófica se disipa en cuanto se pretende asir en su objetividad abstracta para traducirla en una fórmula cualquiera de expresión, sólo puede ser suscitada en el esfuerzo ahincado y sincero de ir poco a poco familiarizándose con la manera peculiar de Brunschvicg en sus análisis reflexivos de la historia del pensamiento humano, tan penetrantes y tan múltiples y variados como han sido las vicisitudes de "un saber científico en que los instrumentos humanos de medida y de cálculo" transformándose continuamente ellos mismos en el transcurso del tiempo, han ido cumpliendo la función a que están esencialmente destinados, de ir poniendo "al descubierto la raíz no humana de lo real." (1)

Una cosa es segura — y lo quiero indicar como advertencia, por si algún lector no iniciado todavía en esta filosofía, se dispusiese a emprender la provechosa tarea de estudiarla seriamente —: es que la conquista intelectual que significa el llegar a darse aquella intuición a que acabo de referirme, para poder a la vez colocarse en el punto de vista originalísimo de su autor, no puede obtenerse sin el bautismo de algunas fuertes y repetidas sacudidas mentales en que se alternarán sin duda las situaciones del más férvido entusiasmo (en los momentos de suprema exaltación filosófica en que nos parece vivir lo absoluto), con otros momentos de desencanto en que vemos cómo se desvanece o se anega el valor universal entrevisto y nos invade el sentimiento de una irremediable caída en un estéril y radical relativismo. Relativismo que considerado en su valor lógico esencial no conduce sin embargo necesariamente a ninguna posición escéptica definitiva.

A nuestro entender, el relativismo de Brunschvicg no puede querer significar otra cosa que la negación de toda pretendida realidad inmediata y natural; rompiendo así de una vez con el prejuicio de un saber científico que pone equivocadamente la positividad — a que justamente aspira la

(1) Bulletin de la Société Française de Philosophie de Diciembre de 1923.

ciencia contemporánea, respondiendo a la misma radical exigencia espiritual que suscitaba en el pensamiento de Aristóteles — en el registro y la coordinación mecánica de las fórmulas en que pretende concretar y no hace en cambio más que esquematizar sus resultados; y el otro prejuicio, el más inveterado porque tiene el prestigio de su venerable antigüedad: el de un saber filosófico que se hace consistir en la ordenación sistemática de las proposiciones en que se definen las ideas universales.

Brunschvicg considera la inteligencia como fuente inagotable de recursos o expedientes que le permiten dominar con absoluta libertad, es decir sin sujeción a leyes o apriorismos el material de la experiencia.

Por otra parte, la resistencia que oponen a esa actividad los hechos brutos de la experiencia, el *choc* empírico imprevisible y siempre renovado desvían, detienen o encaminan el esfuerzo investigativo intelectual por nuevas e inesperadas sendas.

La filosofía no es sino la historia o más bien dicho el registro de las etapas de un curso sin dirección predeterminada ni finalidad alguna trascendente a sus momentos sucesivos, en el cual cada una de las etapas señala una conexión provisoria entre la iniciativa de la actividad inteligente y el reclamo incesante de la verificación respectiva; conexión siempre original e independiente de las llamadas adquisiciones científicas constituídas por otras conexiones precedentes ya superadas.

El progreso de la conciencia, lo mismo en el campo teórico que en el dominio práctico, se realiza por un incesante trabajo de reajuste o adaptación recíproca entre los recursos infinitos de la inteligencia y los hechos de la experiencia natural o de las circunstancias de la vida.

Las innovaciones fecundas en la vida científica, en la vida moral y en la vida religiosa surgen de los choques inesperados de la experiencia y de los casos imprevistos que constituyen las situaciones excepcionales. Y el progreso de

la ciencia, como el de la moral y como el de la religión importa y supone un continuo balancear el valor del principio, de la fórmula o la medida en el contenido particular de la cosa considerada. La diferencia o la discrepancia determinan la necesidad del reajuste o la nueva y original correspondencia en que se concretaría el efectivo progreso.

La función esencial que en el progreso de la conciencia intelectual le atribuye Brunschvicg a la Matemática es uno de los motivos que se repite y se renueva constantemente en su obra. Cada conquista obtenida en el transcurso del proceso histórico por esta disciplina es como el índice único o por lo menos el de mayor relieve que corresponde a cada una de las etapas sucesivamente alcanzadas por el pensamiento.

Es tal la importancia de esas sucesivas transformaciones o integraciones del saber matemático que basta ignorarlas o no tenerlas en cuenta (y no solamente cuando ya han adquirido carta de ciudadanía, sino aun en el caso de hallarse todavía en estado naciente); basta ignorar las dificultades de orden técnico o especulativo que las han promovido; basta no haber experimentado el *choc* intelectual capaz de suscitar los esfuerzos necesarios para llegar a vencer esas dificultades cuando la nueva verdad está todavía en ese estado de aspecto enigmático, antinómico o paradójal; basta que un pensador en tales circunstancias permanezca ajeno a esa iniciación de carácter esencialmente matemático, para que su obra desmerezca, a los ojos de Brunschvicg, bajo un aspecto que considera siempre esencial.

Diríase que esos momentos críticos del pensamiento matemático son para él como la aurora de un nuevo día en la vida intelectual de la humanidad, si tratamos de entenderla como nos la sugiere la exquisita sensibilidad con que Brunschvicg aprecia la verdadera contemporaneidad y solidaridad históricas de las doctrinas científicas.

Ningún escritor que incurra en una omisión de esa especie, por grandes que sean sus méritos bajo otros aspectos, escapa a la severidad de su censura y a la tacha más o

menos velada de un cierto anacronismo intelectual, por el cual dos estadios sucesivos de la evolución vienen a coincidir en la mente de un solo pensador, ya que ningún cerebro humano está libre de quedar estacionado en su desarrollo o retrogradar a una edad anterior." (1)

Ni el mismo Cournot, uno de los escritores de sus más cálidas simpatías, a quien precisamente atribuye la iniciativa del movimiento renovador de la especulación positiva, ha logrado quedar absolutamente inmune del alcance de su error en el sentido indicado:

"...los filósofos, seducidos por el prestigio falazioso de la síntesis, e invocando el pretexto de la división del trabajo... dejaron de lado los hechos científicos y los hechos históricos para extraviarse en las generalidades" de la filosofía de la ciencia y de la filosofía de la historia... Se puede observar cómo Comte y Renouvier, habiendo recibido ambos una educación científica, siguieron viviendo sobre sus recuerdos escolásticos, cada vez más preocupados, a medida que adelantaban en su carrera, en poner su sistema, de algún modo, al abrigo de los progresos que la ciencia venía realizando en su época. Y es tal la fatalidad de las circunstancias que Cournot, cuya última obra aparece en 1875, sigue tratando las cuestiones esenciales de la matemática y la física sin preocuparse de la doble revolución que se había operado *hacia ya cincuenta años* con los descubrimientos de la geometría no euclidiana y del principio de Carnot." (2)

Y permítaseme hacer aquí mismo otras transcripciones que considero convenientes porque ponen bien de relieve este aspecto fundamental para la mejor inteligencia del problema y el pensamiento de Brunschvicg.

"Wolff, dice, presenta el álgebra de los modernos como una simple generalización de la geometría de los antiguos", la cual era declarada perfecta en la forma en que ha-

bía sido expuesta en los *Elementos* (Euclides). Y tiene buen cuidado de recordar una conversación con Leibniz en la que había pasado revista a las diferentes tentativas hechas para mejorar el orden euclidiano, principalmente la de Arnold; Leibniz concedía la palma a Euclides por sobre sus reformadores.

"La cosa no tendría importancia si Wolff no hubiese sido para sus compatriotas, con carácter oficial, profesor de matemáticas al mismo título que lo era de filosofía. El mismo prejuicio de su enseñanza ha debido fortificarse en Kant por la circunstancia de haber expuesto Newton, en forma sintética, los cálculos en que se basa su sistema del mundo. De donde resulta que Kant comprendió admirablemente que en nuestro conocimiento de la naturaleza no había de científico sino lo que era matemático; pero no llegó siquiera a suponer lo que era esa misma matemática... La consideración de los números negativos que sale a luz en 1763; la paradoja de los objetos simétricos que estalla en 1768, limitarán también los horizontes de la Estética trascendental."

Podría decirse igualmente, conforme al espíritu de la doctrina de Brunschvicg: nada de fundamentos a priori; la verdadera y única justificación de la verdad científica resulta por una parte, del análisis reflexivo que muestra cómo ella ha nacido de las circunstancias que históricamente la determinaron y le confieren la sola necesidad que puede atribuírsele, provisoria, circunstancial, temporal; no absoluta, en suma, sino relativa; y por otra de la "fecundidad de su empleo y el alcance de sus consecuencias con las realidades de la experiencia común." "La verdad de las proposiciones iniciales de una teoría no debe ser buscada en una demostración *a priori*, que supondría ya establecidos principios anteriores; esa verdad consiste en la realidad de las consecuencias que de ellas se deducen para formar el sistema coherente y completo de una ciencia natural": esto dice Brunschvicg a propósito de la concepción de Lagrange, que hace extensivo a la Mecánica el método analítico que

(1) De la vraie et de la fausse conversion. — Rev. de Met. et de Morale. — Jan. Mars. 1931.

(2) Le Progrés de la Conscience, Parág., 322; pág. 691.

Descartes aplicaba solamente a la Geometría y que luego había de integrar Fourier aplicándolo a la Física.

El *choc* empírico, la peculiar naturaleza imprevisible de las dificultades con que tropieza el investigador, y no la dirección preestablecida por una necesidad a priori es lo que suscita la invención de los "instrumentos humanos" o recursos teóricos adecuados a la singularidad de cada caso.

Así se explica, dice, el aspecto doblemente original, por la creación matemática y por el método físico, que presentará, por ejemplo, la *Teoría Analítica del Calor* de Fourier. (1)

Para excusarme de haber invocado en esta última consideración alguna referencia a trabajos de carácter técnico por demás especializado, he de agregar que se trata de un caso típico como preanuncio, en la historia del pensamiento moderno, de lo que había de llegar a ser, en los mismos días que ahora vivimos, la física-matemática, en sí misma y en su interpretación según el pensamiento de Brunschvicg.

Recordaremos de paso, que Augusto Comte dedicó a Fourier su célebre *Curso de Filosofía Positiva*; y refiriéndose a la *Teoría Analítica del Calor*, decía: "No temo declarar, como si me hallase diez siglos más adelante en el tiempo, que, después de la teoría de la gravitación, ninguna producción matemática ha tenido ni más valor ni más alcance que ésta, en lo que atañe a filosofía natural."

Parece también que hubiese sido escrita en los primeros años de nuestro siglo, esta frase de Fourier, que tomo de una transcripción de Brunschvicg: "La fuente más fecunda de los descubrimientos matemáticos es el estudio profundo de la naturaleza".

Y por último para tener, relacionada con lo precedente, una ilustración luminosa, en un caso concreto, del espíritu y la significación del problema filosófico de Brunschvicg, permítaseme transcribir todo a lo largo la pág. 699

(1) Pág. 333 de *L'Expérience humaine et la causalité physique*.

del libro *Le Progrès de la Conscience dans la Philosophie Occidentale*:

"Un rasgo fundamental tienen en común las dos teorías de la relatividad (Einstein): el de ser indivisiblemente matemáticas y físicas, sin que sea posible señalar ni el punto a partir del cual la razón y la experiencia habrían empezado juntas a colaborar, ni el momento en que esa colaboración podría cesar. *La geometría es física al igual que la física es geometría*.

Dicho de otro modo, es del carácter de la ciencia einsteiniana el no comportar una fase de representación imaginativa, que tenga que preceder a la fase propiamente matemática de la ciencia. No hay fenómenos que puedan determinarse cualitativamente de modo suficiente si se hace abstracción de sus coeficientes numéricos. No hay tampoco ninguna ley, en el sentido en que Newton formulaba la de gravitación, que lleva su nombre; es decir, un enunciado general, como ello podría considerarse, independientemente de su aplicación concreta, en cuyo caso promovería, más allá de ese enunciado, el problema respectivo de su causalidad. Pero no hay tampoco como dato anterior a la operación experimental ninguna forma canónica de medida, que prescribiera imperativamente que haya que proceder por tal o cual camino impuesto por un tipo clásico de homogeneidad espacial o de continuidad temporal. No existe *continente* definido fuera de su *contenido*. Espacio y tiempo deben ser conquistados con el sudor de nuestra frente. Inseparablemente el uno con el otro, tiene que irlos tejiendo sin cesar la labor humana; y cada progreso de esta dichosa tarea contribuye a diseñar la estructura del Universo, que no es, a decir verdad, otra cosa que su doble e inextricable tejido.

El proyecto cartesiano de una matemática universal significaba ya, lo que Pitágoras y Platón parece que habían presentado: que la inteligencia de las cosas comienza y concluye con su propia medida. Pero la exacta interpretación de la primacía de la medida, y en consecuencia la misma verdad del saber científico, permanecieron veladas mien-

tras la operación de medir se disociaba en dos momentos que se suponían efectivamente separados: de un lado la *forma* del razonamiento matemático, idealidad abstracta del *medidor*; del otro, la *materia* de la experiencia física, realidad concreta de lo medido.”

En el método crítico-histórico de Brunschvicg juega papel importantísimo un discernimiento radical, que viene a ser como un criterio necesario para establecer el orden racional de los valores científicos, morales y religiosos en el proceso de sus desenvolvimientos históricos.

Su concepto de la historia está muy distante de toda representación que la asimile a una serie lineal más o menos accidentada e irregular y sinuosa. La verdadera historia, principalmente por lo que atañe de un modo directo a la evolución científica, filosófica y religiosa, no corresponde ni se conforma con los simples aspectos de la sucesión cronológica: no se mantiene, por decirlo así, en la superficie del tiempo, como se mantuvo la geografía en la superficie de la tierra, mientras no pudo contar con el apoyo de la geología, gracias a la cual hoy nos es dado distinguir a ras de tierra, sobre un mismo nivel del suelo los terrenos correspondientes a las más diversas y lejanas edades geológicas.

En el curso de la historia se invierte también el orden racional de los valores y verdaderos anacronismos, en relación con las edades intelectuales, se disimulan bajo las apariencias del “sincronismo histórico”.

Ese discernimiento se extiende por igual a cada pensador en la singularidad de su carrera científica y a cada doctrina en la objetividad de su vida y de su total desarrollo histórico. La sutileza y la profundidad con que Brunschvicg aplica o más bien dicho adapta en cada caso, su método histórico-crítico a la diversidad de los problemas que aborda, le ha permitido demostrar que en el terreno de la ciencia positiva la posición anacrónica de la mecánica racional como disciplina independiente, interponiéndose entre la geometría y la física, impidió hasta estos últimos años, establecer

entre ellas de un modo indubitable su íntima solidaridad, hoy definitivamente evidenciada. Del mismo modo, dice, que la crítica espiritualista que él mismo ofrece en una serie de artículos publicados en la *Revue de Métaphysique et de Morale*, en los años 1931 y 1932, bajo el título *De la vraie et de la fausse conversion*, tiende a eliminar el fantasma de la “teología racional”, para poner en evidencia la estrecha conexión, la fundamental identidad de una filosofía pura y de una religión pura.

El Actualismo filosófico de la escuela de Gentile, lo mismo que la Fenomenología de la escuela de Husserl, son dos formas de idealismo que proceden en cierto modo, siguiendo un mismo ritmo de pensamiento especulativo: de las grandes síntesis filosóficas descienden, para darles la consistencia de la verdad concreta, a los fundamentos de la experiencia inmediata; mientras esta otra forma de idealismo, erizada como las dos anteriores de dificultades de orden técnico que lo revisten de una peculiar fisonomía, busca la consistencia de la verdad concreta partiendo de la síntesis primaria como unidad radical de diferencias, que es el alma de las grandes síntesis entendidas no como sistemas cerrados, que pretenden abarcar el todo en una pretendida determinación universal, sino como proceso indefinido de totalización.

SOBRE LA CULTURA FILOSOFICA Y LA LECTURA DE LA "CRÍTICA DE LA RAZON PURA"

El estudio directo, en la lectura de las obras clásicas de los grandes pensadores, es sin duda alguna, el acompañamiento y complemento indispensable de la enseñanza filosófica en el aula universitaria.

Tanto en las ciencias físicas y naturales como en las matemáticas, se puede todavía alcanzar una sólida preparación sin imponerse la tarea de estudiar en las fuentes originarias de la investigación: el estudiante que no aspira a especializarse en alguna de las ramas de estas últimas disciplinas, no necesita, en rigor, aplicarse al estudio directo de las grandes memorias en que se atesoran los trabajos originales de los inventores y descubridores que más señalada y eficazmente han contribuido al progreso de las ciencias. Las lecciones del profesor, los textos, los ejercicios y las experiencias del curso pueden conducir por sí solos a resultados apreciables en esos órdenes del conocimiento.

En efecto, por su misma naturaleza, los hechos, los principios, las leyes y los resultados que constituyen la materia de las ciencias matemáticas y naturales, pueden ser considerados casi con entera independencia de los trabajos personales de investigación que han conducido a su descubrimiento y coordinación sistemática en el cuerpo de las ciencias.

Pero tratándose del conocimiento filosófico, no cabe

esperar resultados igualmente serios y apreciables ateniéndose solamente a los textos de clase, por buenos que éstos sean y por mucho que el profesor contribuya con sus explicaciones a vivificar su contenido, siempre y necesariamente más o menos esquemático, y desprovisto de la vida íntima y palpitante del verdadero espíritu filosófico.

Los manuales didácticos de filosofía no ofrecen a menudo más que una materia indiferente para disquisiciones verbales y eruditas, y suelen por lo mismo producir en el lector estudioso la impresión de que la ardua y larga labor de los filósofos no ha sido hasta ahora más que una estéril disputa, o una vana especulación, sin resultado alguno efectivo para el esclarecimiento de la verdad, o sea para el conocimiento de la realidad tal cual es.

Para superar este estado mental del escepticismo inferior, en que cae tanto más seguramente el lector estudioso, cuanto más valerosa y conscientemente se esfuerza por orientarse en medio de los encontrados sistemas y doctrinas que le presentan los textos, en forma de resúmenes, se hacen necesarias algunas incursiones, tan frecuentes como sea posible, al campo de la literatura clásica, en que la exposición de esos sistemas, hecha por sus mismos autores, puede comunicarnos algo de la vida cálida y vibrante del espíritu de investigación, en medio de la cual han sido elaborados.

La razón de esta exigencia está en el nexo íntimo que liga todo problema filosófico a la forma estética o expresiva que asume en la mente del pensador que lo ha concebido y le ha dado vida concreta al afrontarlo y agitarlo ansiosamente en busca de solución.

Por eso también dice Höffding en su *"Historia de la Filosofía Moderna"*, "que en los problemas filosóficos nos falta la ayuda de los métodos exactos, y que no puede evitarse que la personalidad del investigador determine la marcha de su pensamiento". "La ecuación personal, — dice también — tiene en filosofía mucha más importancia que en las demás ciencias"; y agrega más adelante: "este

elemento personal no debe nunca dejarse de lado; frecuentemente su presencia condiciona un problema".

Nada contribuye tan eficazmente a dar base y ponderación suficiente a la cultura filosófica, como ese directo contacto con las fuentes vivas de donde ha brotado históricamente el alto pensamiento especulativo.

La filosofía, más que cualquier otra disciplina intelectual, tiene un carácter verdaderamente histórico, y no puede ponerse a la altura de los tiempos alcanzados, sino reelaborando sus antiguos problemas, o disolviéndolos, o superándolos en nuevas y más altas posiciones, pero de todos modos, incluyéndolos, tácita o expresamente, en el proceso actual de su elaboración.

Entre las grandes columnas miliarias del camino recorrido por el pensamiento filosófico, se destaca la obra imperecedera de Kant, como señal de la última etapa y comienzo de la actual era filosófica.

"Con la novedad y la grandeza de sus vistas, ha prescrito — dice Windelband — a la filosofía posterior, no sólo los problemas, sino también las vías que conducen a su solución"; y esto explica cómo ya desde las clases secundarias, y en preparatorios, desde que el estudiante aborda las cuestiones fundamentales de moral y metafísica, y a lo largo del curso, el nombre de Kant aparece y vuelve con mayor insistencia que el de otro pensador cualquiera. Sea para seguirlo en sus ideas, sea para refutarlas, el estudiante tiene que habérselas constantemente con sus doctrinas.

Indudablemente, su filosofía no puede ser hoy aceptada en la forma sistemática que reviste en su obra fundamental, la *"Crítica de la razón pura"*, pero a ella tendrá siempre que acudir el estudioso que anhela alcanzar una visión comprensiva y animadora de la filosofía contemporánea.

Como en todos los grandes sistemas filosóficos, importa distinguir aquí entre su principio vital y la ejecución práctica de la construcción que sobre el mismo ha fundado su autor.

Ese principio vital en el sistema de Kant no es otro que su concepto de la síntesis a priori, que se deja entrever desde las primeras páginas de su "*Crítica de la razón pura*", pero que no puede comprenderse en todo su alcance y significación sino por el contexto de la obra completa.

Desgraciadamente se hace muy difícil la inteligencia de ese libro, por el hecho de que el pensamiento central del autor se pierde en la superabundancia de las explicaciones accesorias. Para coger el hilo de ese pensamiento y seguirlo en sus desenvolvimientos, sin extraviarse en los múltiples senderos que abren las continuas dilucidaciones accesorias que la escrupulosa probidad intelectual del autor le impidió pasar por alto, sería preciso discernir entre lo que es fundamental y lo simplemente accesorio, y esto, naturalmente, no está en aptitud de hacerlo por sí mismo el principiante.

Si se agrega a eso las dificultades propias y ineliminables del asunto mismo que constituye el objeto fundamental de la obra, y en cierta medida también, las características del estilo kantiano, ajeno por completo a todo intento de vulgarización — se comprende a cuán dura prueba tiene que someterse la paciencia del autodidacto que quiere penetrar el pensamiento de esa filosofía.

Con la publicación de sus "*Prolegómenos a toda Metafísica del porvenir*" creyó Kant ofrecer a sus lectores un camino menos escabroso para llegar a la inteligencia de los mismos principios sintéticamente desenvueltos en su "*Crítica de la razón pura*"; pero según la opinión de maestros competentes, los *Prolegómenos* son una obra todavía más difícil que la *Crítica*, y conviene en consecuencia no dejarse desanimar por las dificultades de esta última. Si en una primera tentativa hemos retrocedido ante obstáculos al parecer insuperables, un esfuerzo ulterior no será quizá del todo infructuoso, sin contar con que hay en ello aquel provechoso ejercicio intelectual y hasta moral de que nos habla Vaz Ferreira en sus "*Psicogramas*", al aconsejar la

lectura de los buenos libros que uno no entiende del todo o que apenas entiende.

"La complicación de la letra — dice Bergson — no debe hacernos perder de vista la simplicidad del espíritu". Siguiendo la doctrina de este autor, debemos pensar que "todo filósofo digno de este nombre (y ningún otro podría reclamarlo con más alto título que Kant) no ha dicho más que una sola cosa": "toda la complejidad de su doctrina no es sino la inconmensurabilidad entre su intuición simple y los medios de que disponía para expresarla".

Debatiéndonos, pues, en medio de esta complicación de la letra lograremos descubrir — y valga aquí también la autorizada opinión de Bergson, — una como "imagen intermediaria entre la simplicidad de la intuición concreta y la complejidad de las abstracciones que la traducen, imagen fugaz y evanescente que sigue al filósofo, como su propia sombra, en los giros de su pensamiento. Miremos esa sombra y adivinaremos la actitud del cuerpo que la proyecta. Y si nos esforzamos en imitar esa actitud, o mejor en inserirnos en ella, podremos ver, en la medida de lo posible, lo mismo que el filósofo ha visto".

No hemos vacilado en transcribir estas palabras porque nos parecen animadas de una fuerza verdaderamente excitadora en el sentido de promover en el estudiante el provechoso ejercicio de la lectura de los clásicos de la filosofía. Para el estudioso que, ya familiarizado con la consideración especulativa de las cosas, comienza a sentir la necesidad de precisar y afinar su sentido filosófico con el ejercicio de los métodos y procedimientos propiamente especulativos, el estudio de Kant llega, poco a poco, a convertirse en una tarea obsesionante. Cualquiera que sea el problema filosófico que constituya su preocupación dominante; sean cuales fueren, dentro del pensamiento contemporáneo, los autores y las doctrinas de su predilección, sus mismos progresos intelectuales, si en verdad los realiza, lo llevarán, por mil sutiles sollicitaciones mentales, a conectar sus ideas con los principios de la filosofía kantiana; y ante la insu-

ficiencia de las interpretaciones o exposiciones de segunda mano, sentirá más de una vez la necesidad de recurrir a la fuente original.

Singular efecto, entonces, el de la lectura del libro de Kant. Hay en él, desde luego, un aspecto que lo hace en cierto modo repulsivo a nuestras mentes acostumbradas al estilo libre y desenvuelto de los autores de nuestro tiempo.

Son verdaderamente pesadas e intolerables las divisiones y subdivisiones en que el autor de la *Crítica* encuadra sus discursos. Tríadas, cuatríadas, todo el mecanismo de una construcción que lleva fuertemente impreso el sello del más pedantesco escolasticismo, por una parte, y por otra, la corriente viva de un pensamiento renovador que se empeña en ajustarse y ceñirse a los moldes de un rigor lógico-formal intrínsecamente inadecuado para traducir lo que ese mismo pensamiento encierra de espontaneidad, de autonomía y de productividad espiritual.

Y por eso su lectura atrae y decepciona, a la vez, al que empieza a comprenderlo. Se deja de mano el libro, se abandona la comenzada lectura, a pretexto de encontrar indigesta su factura literaria, pero, en el fondo, un tanto descorazonados por el secreto convencimiento de la propia incapacidad para penetrar y seguir el vivo y hondo pensamiento que se vislumbra a través de sus fórmulas crudamente escolásticas: saludable sacudida mental, indicio inequívoco de que está despertándose en nuestro espíritu aquel inextinguible deseo de comprender en que reside la primera y esencial condición del filosofar.

Y tarde o temprano, en el obsesionante afán de comprender al filósofo, se habrán recogido los arrestos intelectuales necesarios para tentar de nuevo la fascinadora empresa y llegar quizá a enfrascarse por algún tiempo en la lectura del gran libro, persuadidos, al fin, de que, tratándose de cultura filosófica, la mejor forma de aprovechar el tiempo es perderlo en leer y releer a los grandes pensadores; que también

Ensayos

PUBLICACION MENSUAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ATENEO DE MONTEVIDEO

PLAZA CAGANCHA 1157

Director: *Eugenio Petit Muñoz*

Secretario de Redacción: *Juan Jacobo*

Administrador: *Gustavo R. Amorín*

Consejo de redacción:

Juan P. Beltramo
 Carlos Benvenuto
 Clemente Estable
 Carlos A. Etchecopar
 Hugo Fernandez Artucio
 Celestino Galli
 Gustavo Gallinal
 Luis E. Gil Salguero
 Alicia Goyena
 Antonio M. Grompone
 Roberto Ibáñez
 Rafael Laguardía
 Lincoln Machado Ribas
 Emilio Oribe
 Carlos Sabat Ercasty
 Emilio Zum Felde

Corresponsales en el exterior:

Buenos Aires: Francisco Romero
 Angel Vasallo
Sao Paulo: Gervasio Furest Muñoz
Caracas: Salvador Fuentes Vega
California: William Berrien
Paris: Luis Ollivier
Madrid: Helios Armando Vasseur
Jena: Humberto Díaz Casanueva

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número suelto	\$ 0.50
Suscripción trimestral	„ 1.20
„ semestral	„ 2.40
„ anual	„ 4.80